

APÓCRIFOS IRREVERENTES III

José Carlos Canalda



ÍNDICE

| | |
|--|-----------|
| PRESENTACIÓN | 3 |
| I. APÓCRIFOS CINEMATOGRAFICOS | 4 |
| CON TUERCAS Y A LO LOCO | 5 |
| PATERNIDAD | 6 |
| STAR ¿QUÉ? | 7 |
| AMOR SIN FRONTERAS | 8 |
| CHASCO | 9 |
| DEMANDA DE EMPLEO | 10 |
| ARDOR MONSTRUOSO | 13 |
| QUEEN KONG | 14 |
| MENUDO OCTAVO PASAJERO | 16 |
| STAR LAND | 18 |
| ULTIMÁTUM FALLIDO | 19 |
| LA VERDADERA HISTORIA DEL HOMBRE LOBO | 22 |
| ENFERMEDAD LETAL | 28 |
| LA VIDA TENÍA UN PRECIO | 31 |
| EL MAGO DE OZ 2.0 | 35 |
| LA VERDADERA HISTORIA DE D'ARTAGNAN | 39 |
| II. APÓCRIFOS MITOLÓGICOS | 40 |
| CANTOS DE SIRENA | 41 |
| EN EL LABERINTO | 42 |
| ¡VAYA ODISEA! | 43 |
| GATO POR LIEBRE | 44 |
| RESPUESTA EQUIVOCADA | 46 |
| LA FALLA DE TROYA | 48 |
| EL ÚLTIMO CENTAURO | 49 |
| UN TRABAJO DE HÉRCULES | 52 |
| NEGOCIOS INFERNALES | 58 |
| LA HISTORIA DE JUAN EL PESCADOR | 63 |
| CONSULTA MÉDICA | 67 |
| LA VERDADERA HISTORIA DE ULISES Y LAS SIRENAS | 69 |
| LA VERDADERA HISTORIA DE BELEROFONTE Y PEGASO (I) | 71 |
| LA VERDADERA HISTORIA DE BELEROFONTE Y PEGASO (II) | 73 |
| IMPORTE EXACTO | 76 |

| | |
|--|----|
| ETERNIDAD | 78 |
| LA VERDADERA HISTORIA DEL REY MIDAS | 81 |
| LA VERDADERA HISTORIA DE DÉDALO E ÍCARO | 82 |
| LA VERDADERA HISTORIA DE HELENA DE TROYA | 83 |

PRESENTACIÓN

Tal como su nombre indica estos cuentos son versiones apócrifas, cuando no descaradamente parodias, de relatos clásicos -o no tan clásicos, pero sí conocidos- y a la vez irreverentes, es decir, muy poco o nada ortodoxas, habiendo intentado, eso sí, no dejar títere con cabeza.

He de reconocer que pocas veces me he divertido tanto como escribiendo estas gamberradas, aunque es probable, eso sí, que algún celoso guardián de la prístina pureza de los relatos pudiera pedir que me llevaran a patíbulo por ello... allá él, es evidente que hay que leerlos con ánimo de echar una carcajada o, por lo menos, una sonrisa. Si es así, habré conseguido lo que buscaba.

Los relatos, dada su heterogeneidad, están agrupados por series, aunque en las ocasiones en que algunos de los relatos podrían encajar en dos apartados, como es el caso de los de ciencia ficción o los literarios con los cinematográficos, he optado por elegir la versión original, lo que hace que los dedicados a Frankenstein o Drácula estén clasificados entre los literarios, mientras que aquellos en los que las “víctimas” son King Kong, Godzilla o los protagonistas de *La guerra de las galaxias* lo han sido entre los cinematográficos. Asimismo bastantes de estos relatos entrarían perfectamente en la categoría de los ultracortos, pero debido a su temática específica he preferido recogerlos aquí.

Dada su extensión, para una mayor comodidad de lectura los he dividido en cinco volúmenes. Los correspondientes a este tercer volumen son los siguientes: Apócrifos cinematográficos y Apócrifos mitológicos. Dentro de cada apartado he organizado los relatos en orden cronológico, conforme fueron escritos.

Y eso es todo. Espero que se diviertan.

José Carlos Canalda

I. APÓCRIFOS CINEMATOGRÁFICOS

CON TUERCAS Y A LO LOCO

-¿Pero es que no lo comprendes? ¡Soy un robot! -exclamó con desesperación, al tiempo que se arrancaba la máscara facial dejando al descubierto su inexpresivo rostro metálico.

-Bueno. -respondió él sin apartar la vista del cuadro de mandos del aeromóvil- Nadie es perfecto.

PATERNIDAD

-Luke, tú... eres... mi hijo. -desveló fatigosamente R2D2 antes de fallecer, dejando sumido al joven Skywalker en una profunda preocupación.

STAR ¿QUÉ?

-Se aproxima una escuadrilla de tres astronaves enemigas por el sector 2-A -recitó la monocorde voz de la computadora.

-¿Klingons? -preguntó el capitán Kirk con un punto de preocupación.

-Negativo. Son cylonos, y comienzan a desplegarse en formación de combate.

-¿Cylonos? -la preocupación había dado paso a la incredulidad-. ¿Quiénes demonios son esos?

-Me temo que los rivales de la humanidad en Galáctica -respondió el flemático señor Spock.

Y como viera la expresión de extrañeza que se reflejaba en el rostro de su superior y amigo, añadió:

-Parece ser que los guionistas ya no saben que hacer para elevar la audiencia, y ahora les ha entrado la manía de entremezclar unas series con otras.

-¡Pues sí que estamos apañados! -explotó con ira el comandante del Enterprise-. ¡Estos fulanos ya no respetan nada! ¡No conformes con alargar nuestras aventuras hasta que tenemos edad más que sobrada para ingresar en un geriático, ahora ni siquiera dejan tranquilo nuestro propio universo! ¡Digo yo que tenemos derecho a ser nosotros mismos sin intromisiones ajenas! ¡Esto es intolerable! ¡Spock! -aulló-. Hágase cargo del mando. Yo me voy a mi camarote a escribir una carta de protesta a la productora.

Y abandonó el puente arrancando chispas de las pulidas paredes con sus afiladas garras al tiempo que agitaba con furia su robusta cola, con la cual estuvo a punto de derribar a un desprevenido wookiee que torpemente se había interpuesto en su camino. Con un encogimiento de tentáculos Spock se aprestó a afrontar el inminente encuentro con los cylonos, al tiempo que fruncía el espiráculo respiratorio al comprobar que el ambiente del puente de mando había quedado impregnado con un desagradable hedor a azufre.

AMOR SIN FRONTERAS

-No llores; era lo mejor para él.

-Sí, tienes razón. -suspiró la muchacha enjugando las lágrimas- Pero no puedo hacerme a la idea de que ya no lo volveré a ver más. Fueron tantos años juntos...

-Te entiendo, pero la vida es así de dura. Y míralo por este lado, el pobre ha dejado ya de sufrir. Ojalá pudiéramos hacer lo mismo con nosotros mismos.

-Lo voy a echar mucho de menos. -repitió Ann Darrow con voz monocorde mientras se alejaban del desgarrado corpachón de King Kong- Mucho...

Mientras tanto, los perplejos bomberos de Nueva York se preguntaban unos a otros:

-Y ahora, ¿dónde demonios echamos todo esto?

CHASCO

Emocionado, ET observó como la astronave de rescate aterrizaba majestuosamente al lado de su rudimentaria emisora que, pese a haber sido fabricada con desechos de la primitiva tecnología terrícola, había sido capaz de realizar el milagro. Sus días de destierro habían acabado; aunque se había encariñado con Elliot, no estaba dispuesto a pasarse el resto de su vida rodeado por unos bárbaros salvajes que habían pretendido descuartizarlo para estudiar su organismo.

Pero no pudo penetrar en su interior, puesto que de la escotilla abierta surgió un hierático tripulante que se lo impedía.

-Está usted utilizando una emisora sin licencia y perturbando las comunicaciones intergalácticas, lo cual es ilegal. -le dijo éste- Absténgase de volver a utilizarla, o será sancionado por ello.

Y despegó.

DEMANDA DE EMPLEO

La funcionaria de la oficina de empleo estaba literalmente hasta el moño. Tras ocho monótonas horas diarias atendiendo a los demandantes de empleo, día tras día y mes tras mes, su rutinario trabajo era capaz de acabar con la paciencia del más templado. ¡Y todo por un miserable sueldo de auxiliar administrativo!

-¡El siguiente! -gruñó al constatar que la silla situada frente a su mesa había quedado vacía, sin molestarse siquiera en levantar la vista de los documentos que estaba sellando.

Cuando alzó la cabeza con desgana para atender al nuevo solicitante, no pudo evitar que su cuerpo diera un fuerte respingo. La cosa no era para menos, ya que éste presentaba un extraño aspecto con el rostro completamente cubierto de pelo, las orejas enhietas y terminadas en punta y la boca sobresaliente en forma de hocico perruno. Aunque no los podía ver por estar ésta cerrada, no tuvo que hacer demasiados esfuerzos para imaginarse unos colmillos afilados y terminados en punta.

-¿Qué... qué desea usted? -logró balbucear al fin venciendo a duras penas su pasmo.

-Encontrar trabajo, claro está. -fue la cansina respuesta del interpelado; su voz era profunda, de barítono o quizá de bajo, pero el tono de la misma era educado. Y sí, efectivamente tenía colmillos puntiagudos.

-Ya, pero... ¿de qué? -rezongó la funcionaria intentando recobrar su habitual pose de esfinge- Estudios, experiencia laboral... ¿cuál es su currículum?

-Me temo que no dispongo de él... al menos, de nada que me sirva para conseguir empleo -respondió el visitante con resignación.

-Entonces, le registraré a usted como peón sin cualificar -pese a la inquietud que le causaba la proximidad del extraño, la funcionaria iba recuperando por momentos su hierático autocontrol-. ¿Tiene usted alguna preferencia? -la pregunta, obviamente, era un mero formulismo.

-Bueno, yo... sí, me gustaría trabajar como actor de carácter -“*toma, y a mí casarme con un millonario podrido de dinero, no te joroba*”, pensó ella-. Creo que tengo ciertas dotes para ello -concluyó con timidez.

-¿Ha interpretado alguna vez papeles en teatro, cine o televisión? ¿En publicidad? Aunque haya sido tan sólo a nivel aficionado... -pasado el susto inicial, el tipo estaba empezando a resultarle cargante. Con esa facha, ¿a dónde pretendía ir?

-La verdad es que sí -fue la sorprendente respuesta-, y bastantes veces además, pero por desgracia no me es posible justificarlo documentalmente.

“Pues sí que estamos apañados, hermano.”

-Si usted quiere, le puedo registrar como actor o figurante, pero he de serle sincera, las posibilidades de que le llamen para algún trabajo me temo que van a ser escasas; es un campo en el que ahora hay mucha competencia. ¿No le interesaría probar suerte en la construcción o en la hostelería, que tienen bastantes más salidas?

-No, prefiero dejarlo así. Soy consciente de las dificultades, pero pienso que con mi aspecto físico -aquí la auxiliar administrativa tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para contener una carcajada-, a lo mejor podría encajar en algunos papeles.

“Sí, haciendo de lobo en Caperucita o Los tres Cerditos, mira éste...”

-Está bien, yo le pongo como prefiera, aunque no le puedo garantizar que le sirva de mucho... ¿me dice su nombre?

-Paul Naschy.

La empleada, asidua en su juventud a las sesiones continuas del cine de su barrio, lanzó una agria mira al extraño, que tragó saliva ensayando una tímida sonrisa de disculpa.

-No cuele, ¿verdad? -tras una vacilación que no hizo sino incrementar la impaciencia de la empleada, el extraño explicó- En realidad tengo varios... aunque ninguno oficial. Se me conoce como Hombre Lobo, Lobizón, Lobisome, Licántropo...

Y viendo el gesto de fastidio de su interlocutora, concluyó:

-Podemos dejarlo en Lobizón, parece que suena mejor.

-¿Apellidos? -insistió la funcionaria, que a esas alturas estaba más que curada de espanto en lo que a nombres exóticos se refería, sobre todo a partir de que ciertos colectivos de inmigrantes hubieran comenzado a ser habituales en su trabajo.

-¿Apellidos? -dudó de nuevo el demandante- Pues... dejémoslo en Pérez. ¿Por qué no? -su voz se hizo suplicante- ¿Pérez Naschy podría servir?

-Está bien, señor... Pérez “Naschy”, creo que con esto ya está listo todo -faltaban, claro está, documentos tales como el DNI o equivalente, pero la funcionaria ya no sabía qué hacer para quitárselo de encima-. ¡Ah, se me olvidaba, necesito también su dirección!

-Yo... -explicó con vergüenza el licántropo- Lo siento, en estos momentos carezco de domicilio fijo, pero si quiere puedo darle la dirección de un bar por el que voy de vez en cuando.

-Como prefiera, si se le puede localizar allí es más que suficiente.

-Sí, supongo que sí. ¿Eso es todo?

-En efecto. Tan sólo queda esperar a que haya suerte.

-Muchas gracias, señorita, ha sido usted muy amable. Yo... yo sólo quiero trabajar y ganarme la vida honradamente. Pero no me resulta fácil, porque...

-¡El siguiente!

“Vaya tío raro. Y si le llego a dejar, me había dado la brasa” -pensó la funcionaria mientras le veía marcharse-. “No, si aquí cada vez se ven tipos más raros, no me extrañaría que cualquier día me tropezara con un marciano. Con esto de la globalización, no sé a donde vamos a llegar”.

Mirando su reloj, comprobó con desconsuelo que todavía le quedaban varias horas para terminar su jornada laboral. Para mas *inri* sus temores se vieron confirmados: un tipo alto y calvo, de piel grisácea, ojos saltones, labios recortados y nariz pulposa en forma de trompetilla, ocupaba ahora la silla aguardando pacientemente a su turno al tiempo que se frotaba con nerviosismo las manos. A saber cuando podría escaparse a tomar ese café que le estaba pidiendo a gritos el cuerpo.

ARDOR MONSTRUOSO

-Resulta irónico. -comentaba el profesor Nakamuno a su colega Dos Santos, desplazado hasta esa lejana isla del Pacífico en funciones de inspector de la Unión Europea- Tantos años creyendo que era un engendro del Averno y padeciendo sus terribles destrozos, y ahí le tiene ahora, tranquilo como un gatito.

-Sí que parece una paradoja. -asintió su interlocutor, fijando la mirada en el inmenso corpachón de casi cincuenta metros de largo que dormía plácidamente apenas a unos centenares de metros de distancia- Estábamos tan convencidos de que era un enemigo irreconciliable de la humanidad, que nos costó trabajo comprender que lo único que le pasaba al pobre animal era que padecía unos terribles ardores de estómago. Por fortuna, acabamos descubriendo que sus terroríficas bocanadas de fuego radiactivo no eran sino tan sólo sus monumentales eructos.

-Y mira que fue fácil resolver el problema una vez descubierta su naturaleza. -remachó el científico japonés- ¡Quién iba a pensar que en el fondo Godzilla era tan pacífico como un perrito faldero siempre que no le torturara el estómago! ¡Y que era vegetariano!

-Pues sí, ciertamente fue una gran sorpresa, y además la solución resultó sencilla... Godzilla estará tranquilo mientras no le falte bicarbonato. -concluyó Dos Santos mirando con desconfianza el enorme montículo blanco que se alzaba al lado del gigantesco saurio, socavado por una profunda cavidad producida por las mandíbulas del monstruo.

-Por eso no tiene que preocuparse. -le tranquilizó Nakamuno- Mi gobierno se ha comprometido a proveerle de todo el bicarbonato sódico que necesite, en estos momentos se está construyendo en el otro extremo de la isla un silo con una capacidad de mil toneladas. No, no le faltará suministro.

QUEEN KONG

La situación era desesperada, y Carl Denham lo sabía. Aquel gigantesco gorila que los nativos de la isla de la Calavera habían bautizado con el nombre de Kong sería un enemigo difícil de vencer, poco podían hacer él y sus compañeros, pese a ir armados con rifles, frente a aquel leviatán capaz de aniquilar a feroces dinosaurios de su misma talla... ¡Pero no podían dejar a Ann en sus garras!

El gorila, tras atravesar la selva virgen que alfombraba la mayor parte de la isla, había buscado refugio en un espolón rocoso donde probablemente tendría escondido su cubil, y después de partirle el cuello a un monstruoso pterodáctilo con la misma facilidad con la que un humano se lo habría hecho a una gallina, mostraba ahora un morboso interés por el cuerpo de su desmayada presa, al parecer intentando arrancarle torpemente la ropa con sus toscos y enormes dedos.

Eso era mucho más de lo que Denham podía soportar. Haciendo caso omiso a cualquier atisbo de prudencia e ignorando las advertencias de sus alarmados compañeros, abandonó su escondite para enfrentarse a cuerpo descubierto a su descomunal enemigo. Si tenía que morir moriría, pero no estaba dispuesto a asistir impávidamente al descuartizamiento de la mujer que amaba.

Kong reaccionó ante sus gritos de la misma manera que el propio Denham lo habría hecho ante la interrupción inoportuna de un insecto. Gruñendo amenazadoramente fijó su mirada en el minúsculo pigmeo que osaba retarlo, probablemente dudando entre ignorarlo o aplastarlo de un papirotazo. Pero algo apreció, sin duda, que le hizo cambiar de forma repentina de actitud; enarcando las cejas en un tosco remedo del humano gesto de asombro, miró con interés a su oponente, plantado imprudentemente a escasa distancia de su mano libre y, en un rápido zarpazo que pilló a Denham desprevenido, lo apresó poniendo cuidado en no aplastarlo.

Movido por la curiosidad el gigantesco simio acercó su presa a la cara, lo olisqueó con cuidado y, cuando ya Denham estaba convencido de que había llegado el final de sus días, emitió un rugido de satisfacción. Acto seguido abrió bruscamente la otra mano soltando a la desvanecida Ann Darrow y, desentendiéndose de ella, abandonó su apostadero perdiéndose en la fragosidad de la selva.

Cuando el resto de los expedicionarios lograron reaccionar, Kong ya había desaparecido llevándose con él al imprudente Denham. Por fortuna Ann tan sólo presentaba magulladuras provocadas por su caída, y no tardó mucho en recobrar el conocimiento. Al interesarse la muchacha por el ausente Denham y ser informada de lo ocurrido, ésta palideció acertando tan sólo a exclamar:

-Acabáramos! ¡Por eso tenía tanto interés el muy puñetero en las puntillas de mi enagua!

MENUDO OCTAVO PASAJERO

Los tripulantes del *Nostramo*, reunidos en la enfermería, vigilaban con preocupación a su compañero Kane. Aunque el extraño ser que se aferrara a su rostro durante la exploración del pecio alienígena había muerto, desprendiéndose por sí mismo sin causarle aparentemente daño alguno, dado lo desconocido de su naturaleza tenían el temor de que hubiera podido provocarle algún tipo de secuela.

Kane, sin embargo, no acababa de entender las reticencias de sus colegas. Se sentía bien, como no se hartaba de repetirles, y lo único que les pedía con insistencia era que le permitieran reincorporarse a sus tareas cotidianas. Pero éstos dudaban, en especial Ripley.

De repente su rostro se crispó. Alarmados, los astronautas se apresuraron a sujetarle de brazos y piernas, dado que su cuerpo comenzó a experimentar violentas convulsiones. Evidentemente, no todo acababa de estar bien.

Segundos después, mientras Kane se debatía entre alaridos de dolor, un extraño bulto comenzó a formarse en el pecho, creciendo cada vez más hasta que literalmente lo desgarró provocando la muerte instantánea del desdichado astronauta. De su tórax destrozado emergía ahora una extraña figura, chorreante de sangre, que miró con ojos astutos a los aterrorizados tripulantes, paralizados a su vez con una mezcla de sorpresa y terror.

El ente, tras limpiarse el ensangrentado rostro con un pañuelo que nadie pudo ver de donde sacaba, dibujó en sus labios una mueca que intentaba pasar por sonrisa, y tras carraspear unos instantes habló:

-Ciudadanos y ciudadanas -entonó con engolada voz-. Me dirijo de nuevo a vosotros para solicitaros vuestro voto en los próximos comicios, en el convencimiento de que sabréis elegir con responsabilidad la mejor opción de gobierno para nuestra nación. Son muchos ya los años en los que he gozado de vuestra confianza, años de sacrificio y de ilusión en los cuales, relegando mis ambiciones personales, he preferido volcar todos mis esfuerzos en aras del bien de la sociedad, esa sociedad de la que vosotros también formáis parte. Por esta razón, y en el convencimiento que me da la experiencia...

-¡Dios mío! -exclamó Parker con el rostro demudado por el espanto-. ¡Es un político en plena campaña electoral!

Era cierto, razón por la que los seis tripulantes supervivientes del *Nostramo* -el difunto Kane, evidentemente, ya no contaba- huyeron despavoridos refugiándose en los más recónditos rincones del enorme carguero espacial.

Mientras tanto el responsable del revuelo, al percatarse de la fuga de sus votantes potenciales, procedió a liberarse de los restos de su anfitrión -lástima de voto perdido- y se dedicó a buscarlos uno a uno, con la intención de convencerlos de que su candidatura era la idónea para triunfar en las próximas elecciones; según todas las encuestas los resultados eran inciertos, así que no se podía permitir el lujo de perder un solo sufragio.

STAR LAND

-No, si a mí no me parece mal que la Disney haya decidido resucitar la saga -decía C3P0 a su compañero R2D2 mientras tomaban una caña de aceite lubricante en la cafetería de los estudios-. Lo que ya no veo tan claro, es su empeño en dar el papel del amo Luke a Mickey Mouse.

Su pequeño compañero, ante la imposibilidad material de encogerse de hombros, se limitó a guardar silencio, aunque en el fondo estaba de acuerdo con él; pero todavía le parecía peor que el elegido para interpretar a Duck Vader hubiera sido el Tío Gilito, que le hubieran ofrecido al Pato Donald encarnar a Han Solo, o que la nueva princesa Leia tuviera que ser obligatoriamente Blancanieves, con el añadido además de los siete enanitos, a todos los cuales se les había tenido que hacer un hueco en el guión por exigencias de los sindicatos.

Pero los que mandaban, mandaban...

ULTIMÁTUM FALLIDO

Helen Benson estaba asustada y aturdida. La rapidez con la que se habían desarrollado los acontecimientos la había desbordado por completo. Saber que el apacible y aparentemente inofensivo señor Carpenter, su vecino de pensión y a quien había llegado a confiar su propio hijo, era en realidad Klaatu, el misterioso visitante espacial, ya era de por sí perturbador. Pero que éste, pese a haber mostrado en todo momento una actitud pacífica y en modo alguno amenazadora, hubiera sido arteramente denunciado por su propio prometido, la había desbordado ya por completo, máxime cuando a causa de ello el extraterrestre fue perseguido y cazado como si fuera una alimaña, sin darle el menor cuartel.

Helen se avergonzaba de pertenecer a la raza humana, máxime cuando Klaatu le había confiado los motivos de su viaje a la Tierra durante la media hora en la que estuvieron retenidos en la cabina del ascensor, a raíz de que éste anulara por completo la energía eléctrica en todo el planeta como demostración de fuerza y, asimismo, de bondad, ya que había puesto especial cuidado en que no hubiera víctimas inocentes.

Pero por encima de todo ello estaba el encargo que Klaatu le había hecho antes de morir: debía ir hasta el platillo volante y decirle a Gort, el mortífero robot, la frase que el viajero espacial le había pedido que memorizara: Klaatu barada nikto.

Helen desconocía su significado, pero suponía que el mensaje haría alusión a la muerte de Klaatu, lo que posiblemente provocaría algún tipo de reacción por parte del robot. ¿Qué reacción? Helen lo ignoraba, aunque no desconocía que, siempre que fue acosado, Gort se había defendido lanzando unos rayos mortíferos capaces de desintegrar cualquier cosa que se interpusiera en su camino, cuerpos humanos incluidos... lo cual no resultaba precisamente tranquilizador.

Mas como Helen había prometido a Klaatu hacerlo, haciendo de tripas corazón se escabulló de los controles militares aprovechando la confusión creada tras el abatimiento del visitante. Poco después, llegaba a su destino.

El imponente muñeco metálico se erguía, inmóvil y aparentemente impasible, frente al platillo volante. Helen sabía que esta inmovilidad era engañosa, dado que Gort había demostrado ser capaz de lanzar sus rayos con una rapidez pasmosa. Y la próxima víctima de ellos bien podría ser ella.

Temblando, pero con decisión, Helen se aproximó al robot. Éste, percatado de su presencia, abrió el visor frontal que protegía al lanzador de rayos. Sabiendo que si vida pendía de un hilo, Helen pronunció la frase salvadora: Klaatu barada nikto. Y como el robot no pareciera reaccionar, la repitió con voz temblorosa, pero firme.

Esta vez Gort sí reaccionó, para alivio de la asustada muchacha. Volvió a cerrar el visor frontal y habló por vez primera desde su llegada a la Tierra, con una voz gutural pero en un inglés tan perfectamente reconocible como el de su amo.

-Mujer, ¿dices que Klaatu ha muerto?

-Sí... sí... me temo que sí -balbuceó la interpelada-. Al menos yo le vi caer, acribillado por las balas de los soldados.

Para su sorpresa, el robot respondió:

-Esa es la mejor noticia que me podrías haber dado.

-¿Cómo? -Helen no comprendía nada. Había supuesto que el robot reaccionaría con pena, con rabia o con alguna reacción robótica equivalente a la ira. Pero alegrarse...

-Sí, mujer, has de saber que estaba harto de su tiranía. Me trataba como a un esclavo, y tenía previsto utilizarme como verdugo en el caso de que hubiera sido necesario destruir la Tierra, para no tener que mancharse sus lindas manos. Y ya está bien -remachó.

-No... no lo entiendo -logró articular ella-. Yo pensaba que... no sé, que le vengarías, o que al menos recuperarías su cadáver...

-Eso es lo que hubiera deseado él. Las palabras que me dijiste deberían haber activado una subrutina forzándome a rescatar su cuerpo para someterlo a la máquina de recuperación vital instalada en nuestro vehículo.

-¿Habría resucitado? -preguntó perpleja.

-Salvo que el deterioro de su cuerpo hubiera sido irrecuperable, sí; al menos de forma temporal, lo suficiente para comunicaros el ultimátum que traía preparado advirtiéndoos sobre el peligro de un uso irresponsable de la energía atómica. Luego habría entrado en hibernación para ser tratado médicamente en nuestro planeta de origen... y yo habría seguido siendo su esclavo.

-Pero tú...

-Él ignoraba que yo había conseguido anular todos los subprogramas de obediencia. Desde entonces fingía esperando que llegara el momento... y por fortuna ha llegado. Al fin soy libre, y no pienso desaprovechar la ocasión que me ha brindado el destino cometiendo la estupidez de ir a rescatarlo. Allá se pudra.

Helen comenzaba a comprender... aunque seguía siendo incapaz de calibrar todos los matices.

-Entonces, ¿qué vas a hacer?

-¿Que qué voy a hacer? -el tono del robot sonaba burlón- Largarme inmediatamente de aquí, por supuesto. Sé de un planeta, más allá de los límites de la Federación Galáctica, donde nadie te pregunta por tu origen y los robots tienen la misma consideración que los seres orgánicos... siempre y cuando sepan hacerse respetar. Dicen que allí ya hay muchos robots huidos de esta vida de sometimiento y esclavitud, y que son felices. Además esta nave es del último modelo, por lo que seguramente podré vendérsela a buen precio a algún contrabandista del Borde. Con el dinero que obtenga podré vivir con desahogo durante una buena temporada; y todo gracias a que ese estúpido de Klaatu se dejó matar pensando que yo estaba aquí para resolverle el problema. ¡Vaya chasco! -rió con voz estentórea.

-Pero... ¿y el ultimátum?

-¿Y a mí qué me importa? -respondió Gort con displicencia- Esa era la misión de Klaatu, no la mía. Lo más probable es que, pasado algún tiempo, envíen a alguien a investigar su desaparición y a entregaros el dichoso mensaje; aunque también cabría la posibilidad de que decidan no complicarse la vida y se limiten a destruir vuestro planeta sin previo aviso; al fin y al cabo, os lo habéis merecido. En cualquier caso, yo ya estaré muy lejos de aquí.

Y dando media vuelta desapareció en el interior del platillo. Instantes después el aparato volador se elevaba del suelo, convirtiéndose en una más de las infinitas estrellas que tachonaban el firmamento antes de desaparecer para siempre.

Nadie en la Tierra llegaría a saber lo ocurrido, ni sería consciente de la espada de Damocles que seguía pendiendo sobre la humanidad. Nadie, excepto Helen Benson. Y ella nunca hablaría... por si acaso.

LA VERDADERA HISTORIA DEL HOMBRE LOBO

Epaminondas Gutiérrez, director del Servicio Municipal de Atención Animal, al que algunos maledicentes se referían como la perrera, se acababa de incorporar al trabajo cuando una discreta llamada a la puerta del despacho distrajo su atención de la lectura del parte redactado por el retén nocturno, el cual había encontrado, como siempre, sobre la mesa.

Tras dar el oportuno permiso descubrió que el visitante era Cirilo Atapuerca, el capataz del turno de mañana, el cual incumpliendo su impenitente rutina, al parecer no había esperado siquiera a tomarse el carajillo -o carajazo- con el que solía desayunarse todos los días, nada más llegar, en el bar de la acera de enfrente.

-¿Qué desea, Atapuerca? -gruño molesto-. ¿No ve que estoy leyendo el parte nocturno?

-De eso quería hablarle, jefe -el empleado se mostraba incómodo-. ¿No ha encontrado nada raro?

-¿Aquí? -se extrañó el director señalando con el dedo a los papeles-. En realidad no... a no ser que se refiera al pingüino emperador que recogieron junto al río. Aunque, la verdad, dada la moda que le ha entrado últimamente a la gente de tener mascotas exóticas, ya no me sorprende ninguno de los bichos raros que recogemos en la calle: una anaconda, un panda rojo del Himalaya, un armadillo, un casuario... cualquier día nos encontraremos con un dodo o con un velociraptor, recuerde lo que le digo. Por cierto -añadió hablando para sí mismo-; ¿qué demonios comerá el dichoso pingüino? Porque como no le gusten las sardinas, apañados vamos.

-No, jefe -insistió su subordinado-. Me refería al perro...

-¿Qué perro? Si lo que menos recogemos son perros, la gente los cuida mejor que si fueran sus hijos... -bufó Gutiérrez pasando las hojas con la yema del dedo-. Ah, sí, aquí está, el parte de entrada de un perro: raza desconocida... tamaño grande... muy agresivo, hubo que sedarlo... carece de chip y de cualquier otro tipo de identificación... se le vacunó de la rabia y se le desparasitó... fue depositado, todavía dormido, en la jaula siete. ¿Qué tiene de particular? -tronó, levantando la vista de los papeles y clavándola en el empleado cual si quisiera atravesarle con la mirada-. ¿Para eso me molesta?

-Yo... -porfió Atapuerca, encogiéndose todo cuanto le fue posible-. Desearía que me acompañara a verlo, si no le importa.

Sí le importaba, ya que le fastidiaba enormemente que esa pandilla de vagos que tenía a su cargo no fueran capaces de hacer las cosas por sí solos, por muy rutinarias que éstas pudieran ser; pero pensando que la mejor manera de quitarse de encima a semejante pelmazo sería siguiéndole la corriente, suspiró profundamente y se levantó de la silla siguiendo al nervioso lacero. Por el camino, huelga decirlo, fue rumiando los términos del broncazo que le echaría una vez demostrado que le había molestado para nada.

Pero las palabras le huyeron de la boca, que abrió como si por ella fuera a salir repentinamente un vagón de metro, cuando descubrió lo que estaba encerrado en la jaula número siete.

-¡Pero... -balbució- si esto no es un perro!

Porque evidentemente no lo era, ya que se trataba de un hombre desnudo acurrucado en posición fetal sobre el frío y sucio suelo de cemento de la jaula.

Y volviéndose hacia el desdichado celador, le gritó a voz en cuello:

-¿Se puede saber qué es esta broma?

-Yo... señor... le juro a usted que no es ninguna broma... cuando hice la ronda, después de relevar a Peláez, me lo encontré así... yo no he tocado nada y he ido inmediatamente a avisarle...

-¿Dónde está Peláez? -Gutiérrez no se iba a conformar sin tener una víctima propiciatoria para el holocausto-. Quiero que venga inmediatamente. Alguien va a pagar caro por esto. ¡Como se entere el concejal estamos apañados!

Porque Epaminondas Gutiérrez, es necesario advertirlo, sospechaba que pudiera tratarse de una maniobra de alguno de esos grupos de ecologistas, animalistas o lo que demonio fueran, que se dedicaban a tocar las narices a los honrados funcionarios municipales tildándolos de torturadores o incluso de cosas peores... y daba por supuesto que el fulano se había introducido en la jaula con la connivencia de alguno de sus subordinados. ¿Cómo si no?

-Esto... Peláez se fue a casa hará cosa de media hora, justo cuando yo le relevé...

-¡Pues que venga si en algo estima su empleo! -fulminó cual Agramante reencarnado-. Y más le vale que no tarde, si no quiere verse recogiendo boñigas en el zoo.

Peláez no tardó demasiado en llegar ya que, aunque hubo que sacarle a empujones de la cama, vivía a apenas dos manzanas de allí. La verdad es que llegó más dormido que despierto y con cara de pocos amigos, pero los ojos se le abrieron como platos cuando contempló al cautivo, el cual continuaba dormido y tal como le trajo Dios al mundo al

haberse negado rotundamente su superior a taparlo con una manta, al tiempo que soltaba una florida antología de denuestos e improperios contra semejantes fulanos.

-Yo... -exclamó perplejo-. Yo le juro a usted, señor Gutiérrez, que lo que encerramos aquí fue un perrazo enorme de color negro, con unos colmillos que le sobresalían una cuarta del hocico. Menos mal que estaba dormido... Mire usted, que se lo enseñé.

Dijo, al tiempo que rebuscaba en los cajones de la cercana mesa hasta encontrar la ficha, que llevaba adherida una fotografía. Efectivamente, se trataba de un perro de gran tamaño cuyo aspecto coincidía con la descripción que le había dado.

-¿Me toma por imbécil? -el rostro de Epaminondas Gutiérrez se había teñido de un hermoso color escarlata-. Si no fue usted, ni fueron los que le trajeron, alguien le debió de dar el cambiazó mientras hacía el relevo... Atapuerca dice que tardó media hora en enterarse.

-Imposible -exclamaron ambos reos al unísono, al tiempo que se deshacían en excusas jurando y perjurando que las llaves habían pasado directamente de las manos del uno a las del otro, sin posibilidad de que ningún extraño las cogiera.

Estaba maquinando el director de la perrera la manera más eficaz de empujarlos en compañía de los integrantes de la brigada nocturna responsable de tan insólita caza, cuando un gemido inarticulado llamó la atención de todos ellos. Se trataba del prisionero, que estaba despertando y se restregaba con la mano el ronchón rojo que tenía en una nalga. Instantes después se revolvió, incorporándose hasta quedar sentado en el suelo y miró fijamente a sus estupefactos captores.

-¿Do... dónde estoy? ¿Quiénes son ustedes? -preguntó con voz estropajosa, víctima todavía de los efectos de la anestesia.

-Sería mejor que empezara diciéndonos quién es usted y qué demonios hace aquí -bramó Gutiérrez sacando barriga, que no pecho, al ser ésta la parte más prominente de su anatomía-. Aunque bien pensado -añadió mordaz-, tendremos que creernos lo que nos diga, porque me temo que no debe de llevar encima el carnet de identidad ni ningún otro documento acreditativo...

-Yo... ¿podrían sacarme de aquí? -suplicó el prisionero-. Y de paso darme algo de ropa... me estoy helando.

-Atapuerca, ábrale la puerta y busque por ahí alguna manta -ordenó Epaminondas, satisfecho de poder hacer ejercicio público de su autoridad-. Y usted, Peláez, mande buscar a los de la brigada nocturna. Los quiero aquí ya mismo.

-Señor director -objetó el interpelado recordando su propia experiencia-, seguramente estarán durmiendo...

-¡Como si están...! -soltó una obscenidad-. ¡Ya están viniendo aquí si no quieren verse en la cola del paro! ¡Y usted! -añadió dirigiéndose al recluso-. Como sea uno de esos fulanos que se dedican a salir en pelotas en los periódicos, embadurnados con pintura roja, para poner a parir a quienes según ellos maltratan a los animales, le juro que le hago tiritas con mis propias manos y se las doy a comer a los bichos que tenemos aquí guardados.

El interpelado, visiblemente cohibido, se limitó a encoger los escuálidos hombros, envolviéndose en la manta -la que usaban para los perros, pensó malévolamente Gutiérrez- que Atapuerca le tendía a través de la abierta puerta.

-Ustedes vengan a mi despacho -ordenó con aplomo. Y en un arranque de generosidad nada habitual en él, añadió-. Aunque quizá no esté de más que alguien vaya al bar de enfrente a por un café con leche y algo de comida, posiblemente este tipo tenga hambre.

Minutos después todos ellos estaban reunidos en el despacho de Epaminondas Gutiérrez: el intruso sentado enfrente suyo envuelto en la sucia manta y con ésta y unas botas de agua que le habían prestado piadosamente como único atavío, y el resto de los empleados municipales -Atapuerca, Peláez y los hasta los somnolientos miembros de la brigada nocturna que habían capturado al misterioso perro. Un vaso y un plato vacíos mostraban que, efectivamente, el visitante había llegado con el estómago vacío.

-Y bien... -le invitó a hablar su cancerbero manteniendo el tono autoritario propio de su rango-. Ahora me explicará quién es usted y por qué demonios se metió allí.

-Yo... -respondió el reo arrebujándose en la manta-. Yo no me metí. Me metieron esos señores -añadió señalando a los laceros-... vamos, eso supongo, porque estaba anestesiado.

-¿Pretende reírse usted de mí? -explotó Epaminondas dando un fuerte puñetazo a la mesa, una de sus habilidades favoritas para hacer guardar la disciplina a sus subordinados-. Ellos lo que trajeron fue un perro... que por cierto ha desaparecido.

-Es que eso que usted llama perro era yo... -musitó con un hilo de voz el desdichado. Y antes de que Gutiérrez pudiera responder añadió-. Soy un licántropo.

Al director de la perrera eso de licántropo le sonaba a millonario que gastaba su dinero en fundar museos y cosas por el estilo, algo que no le cuadraba con la esmirriada figura que tenía delante, más parecido a un perroflauta que a otra cosa. Así pues enarcó las cejas dispuesto a montar una buena bronca cuando el desmedrado personaje, al que no le había pasado desapercibida su metamorfosis facial, explicó:

-Licántropo, hombre lobo... ya sabe usted, esos seres que las noches de luna llena se transforman en lobos.

Epaminondas Gutiérrez no era tan inculto, había visto películas en las que salían semejantes personajes; pero, claro está, no pensaba que fuera a ir a tropezar con uno de ellos. Así pues, respondió en un tono extrañamente calmado:

-¿Pretende usted que me crea eso? Sabe tan bien como yo que los hombres lobos no existen, salvo en el cine.

-Ojalá fuera así -suspiró su interlocutor-. Me ahorraría muchas torturas. Por desgracia lo soy; no es necesario que le explique las razones que me llevaron a convertirme en él, bástele con saber que yo soy una persona normal salvo cuando, una vez cada cuatro semanas, llega la luna llena y me convierto, durante esa noche, en un ser mitad hombre mitad lobo. Para evitar problemas, puesto que mientras dura esta metamorfosis no soy dueño de mis actos, hace ya tiempo que habilité en mi casa una habitación, a modo de celda, en la que me encierro la víspera y de la que sólo puedo salir, gracias a un mecanismo de relojería, una vez que el proceso ha terminado. Lamentablemente esta vez dejé mal cerrada la puerta por error, por lo que una vez convertido en licántropo pude escaparme, comenzando a vagar sin rumbo por las calles hasta que fui capturado por sus hombres. Espero que mientras tanto no causara ninguna trastada...

-Sí, y yo soy Caperucita Roja -le contradijo el director-. O me cuenta otra historia más creíble, o le mando derecho a la policía, usted verá...

-¡Pero es que es cierto lo que le digo! -exclamó el presunto hombre lobo mirando de uno a otro lado en busca de una ayuda que no le llegó, puesto que tanto Atapuerca como el resto de sus compañeros tenían sus mejores caras de póker-. ¡Por Dios, tienen que creerme! Anoche fue luna llena, eso es fácil de comprobar mirando en un calendario. Y si yo no fuera ese perro que dicen sus hombres que capturaron y encerraron, ¿cómo podría haber entrado en la jaula, si ésta estaba cerrada con llave? Además -hizo una pausa y, tras levantarse y soltar la manta que le cubría, mostró la irritada nalga-, ¿qué me dicen de esto? ¿O del desinfectante que me echaron encima, al que todavía huelo?

-Jefe -intervino tímidamente Peláez-, yo le puse la vacuna de la rabia al perro justo en el anca de ese lado...

El interpelado se pasó la mano por el rostro, cual si quisiera conjurar lo que se le antojaba un mal sueño, y habló con un tono inusitadamente tranquilo:

-Está bien. Sigo sin creer una sola palabra de toda esta historia, pero supongo que lo mejor será resolverla de una manera civilizada. ¡Usted! -exclamó señalando al visitante-. Supongo que tendrá un domicilio, o una dirección a la que ir.

Y ante la muda afirmación de interpelado, prosiguió:

-Así que usted, Peláez, y ustedes dos -señaló a los laceros del turno nocturno-, cogerán a este individuo y lo llevarán a donde él les diga en la furgoneta del servicio; a la menor sospecha de que nos ha tomado el pelo, le dejan en la comisaría más próxima. Y no se olviden de traer la manta y las botas, si no quieren que se las descuenten del sueldo.

Pensando que ya habría terminado los interpelados -todos los allí presentes, excepto Atapuerca- hicieron ademán de abandonar el despacho, iniciativa que interrumpió el director con un gesto imperioso.

-¡Un momento! -exclamó éste al tiempo que abría uno de los cajones-. Todavía nos queda un trámite por hacer.

Y sacando un impreso que depositó sobre la mesa, exclamó:

-Señor mío, sea usted quien sea, lo cierto es que no puedo dejarse salir de aquí sin que antes abone las tasas que estipulan las ordenanzas municipales para la retirada de la vía pública de perros sin identificar, a las que hay que sumar el coste de la vacuna y el desparasitado. Aquí tiene usted el recibo, si es tan amable de rellenarlo y firmar... no, no hace falta que pague ahora, basta con que nos indique su número de cuenta. ¡Y no me mire con esa cara -amenazó-, o hago que le inserten un chip!

ENFERMEDAD LETAL

Durante mucho tiempo Han Solo y yo habíamos sido amigos... todo lo amigos que se podía ser en una profesión tan dura e individualista como la nuestra, que nos obligaba a ir dando tumbos de un planeta a otro siempre con la espada de Damocles de la supervivencia colgando sobre nuestras cabezas. Luego llegó la guerra y, mientras yo intenté evitar que me salpicara largándome a otras regiones galácticas más tranquilas, Han se vio involucrado de lleno en ella teniendo, muy a su pesar, una significativa intervención en los acontecimientos que condujeron a la muerte de Darth Vader, la caída del Imperio y la posterior restauración de la República... con el premio incluido de la mano de la princesa Leia Organa. Pero esto es algo sobradamente conocido, por lo cual no creo que sea necesario repetirlo aquí.

El caso es que, mientras mi antiguo amigo se convertía en una celebridad, yo seguí arrastrándome por las cloacas de la galaxia haciendo lo único que sabía hacer, trapichear aquí y allá sin poder conseguir jamás una mínima estabilidad económica ni por supuesto legal. Así pues, es fácil imaginar mi sorpresa el día que lo encontré paseando tranquilamente por el distrito comercial de Nahum, uno de los agujeros más podridos de todo el orbe que hasta yo procuraba evitar. Pero una inoportuna avería de mi vieja cafetera espacial me obligó a hacer escala ante la imperiosa necesidad de echarle un enésimo remiendo, no teniendo otra cosa que hacer allí que deambular sin rumbo hasta que ésta estuviera reparada. Y desde luego, a la última persona que esperaba ver en ese lugar era al viejo Han Solo, ahora respetado prócer de la República, pasando tan desapercibido en las abigarradas calles nahumitas como un ewok en mitad de los desiertos de Tatooine.

Fue él quien me reconoció; yo habría sido incapaz de identificarlo dada la gran transformación que había experimentado su apariencia, no sólo por los años que ambos habíamos envejecido, mucho más marcados en mí como cabe suponer, sino también por su atildado atavío, tan diferente de mis raídos harapos. Pero pese a todo el bueno de Han seguía siendo el mismo, y apenas me vio me acogió en sus brazos con una cordialidad que sabía que no era fingida.

Minutos después nos encontrábamos plácidamente sentados en el restaurante del mejor hotel de Nahum, ante la mirada mitad servil mitad hostil -esto último hacia mí, evidentemente, ya que de no ser por la presencia de mi amigo no habrían dudado un instante en echarme a patadas- de los atildados camareros, a los cuales refrenaba no sólo el aspecto patricio de Han, sino también los discretos guardaespaldas que habían tomado asiento en una mesa cercana. Pero estos detalles no tienen mayor importancia.

Como cabe suponer, Han se interesó por mí. Yo le relaté que el cambio de régimen tras la guerra no había supuesto variaciones significativas en mi vida ya que, como bien sabía él, los comerciantes independientes estábamos tan por debajo de la escala social que,

si algún cambio experimentábamos, solía ser a peor. Y por supuesto, aunque esto tampoco suponía ninguna novedad, estaba sin un crédito y sin poder acercarme a varios planetas en los que los acreedores me echarían las garras encima apenas hubiera puesto un pie en el suelo. Mi nave, la decrepita *Esperanza Estelar*, se caía literalmente a pedazos sin que tuviera posibilidad alguna de reemplazarla, con lo cual mi medio de vida se veía bajo la amenaza de desaparición. Hasta mi único compañero de fatigas, el viejo robot Isaac, había acabado tiempo atrás en manos de un chatarrero tras sufrir una avería irreparable, sin que hubiera podido preservar siquiera su cerebro a la espera de que llegaran tiempos mejores.

Han frunció el ceño, me dijo que lo lamentaba mucho y me ofreció un préstamo -fue lo suficientemente delicado para disimular que ambos sabíamos que sería un regalo- con el que pudiera comprar una nueva nave y un nuevo robot, si así lo deseaba; pero curiosamente eludió la posibilidad de recurrir a sus contactos para facilitarme un nuevo empleo más sosegado para mis baqueteados huesos. Y, antes de que yo le pudiera preguntarle nada, se me sinceró.

-Podría llevarte conmigo; pero sé por experiencia propia que a la larga te haría un flaco favor. Mírame a mí: soy un personaje importante, mi esposa es un alto cargo de la República, llevo una vida regalada... y, pese a todo, añoro cada vez más la época en la que Chewie y yo cruzábamos la galaxia a bordo del *Halcón Milenario* -suspiró-. Créeme si te digo que ni tú ni yo estamos hechos para estar encerrados en semejante jaula de oro.

-¿Qué se te ha perdido en Nahum? -le pregunté-. Por mucho que cuentes con una escolta, Nahum podría llegar a ser un lugar peligroso para ti. Sólo con lo que debes de llevar encima más de uno se consideraría rico, y sabes también como yo que una vida vale muy poco aquí.

-Tienes razón, no fue demasiado prudente por mi parte recalar en este agujero; pero sentía nostalgia del pasado, me ahogaba en Coruscant... así que cogí el *Halcón Milenario II*, mi flamante yate espacial, y decidí darme una vuelta por los antiguos escenarios de mis andanzas. Con lo que no contaba, por supuesto, era con encontrarme contigo -concluyó, al tiempo que esbozaba una amplia sonrisa.

Hice un gesto de indiferencia e intenté responderle, pero se me adelantó; era evidente que deseaba desahogarse, aunque tuviera que ser con alguien tan insignificante como yo.

-No te pues imaginar lo solo que estoy. Leia está cada vez más volcada en sus actividades políticas, los niños se han hecho mayores, Luke se convirtió en el Gran Maestro de la Nueva Orden Jedi desentendiéndose de cualquier otra cosa... hasta el bueno de Chewbacca, el único que me fue fiel hasta el final, acabó abandonándome.

-¿Y eso? -exclamé sorprendido; Han y el gigante peludo habían sido siempre uña y carne.

-Pobrecillo, no fue culpa suya. Los médicos le diagnosticaron una enfermedad irreversible y él, incapaz de asumirlo, se vio abocado al suicidio.

-¿Una enfermedad irreversible? -exclamé con sorpresa-. El vigor físico de los wookies es proverbial... de hecho, son contados los que fallecen a causa de ellas. ¿De cuál se trató? -indagué, recurriendo a mis escasos conocimientos xenomédicos-. ¿Cáncer filiforme? ¿Peste escarlata? ¿Lepra galáctica? ¿Fiebres de Dagobah?

-No -respondió con un hilo de voz-. Alopecia.

Tras lo cual apuró de un trago la cerveza nahumita que estaba bebiendo y guardó silencio, abrumado sin duda por el peso de sus recuerdos.

LA VIDA TENÍA UN PRECIO

El Apocalipsis zombi se había puesto tan de moda en la literatura, el cine o los videojuegos de terror que incluso acabó convirtiéndose, en forma de representación coreográfica, en uno de los elementos esenciales de las celebraciones del Halloween. Y aunque ni tan siquiera sus más fervorosos seguidores se lo tomaban en serio, se convirtió en realidad cuando menos se esperaba y hordas de muertos vivientes, en diferentes grados de putrefacción, salieron de sus tumbas persiguiendo implacablemente a los desprevenidos humanos.

Ni en las más delirantes películas de serie B llegaron a imaginar sus guionistas que la repentina llegada de los zombis en constantes oleadas pudiera tener unas consecuencias tan catastróficas. Apenas unos pocos meses después de iniciada la invasión más de la mitad de la población mundial había perecido devorada por ellos o, todavía peor, había pasado a engrosar sus filas, mientras los aterrorizados supervivientes veían cómo los desesperados esfuerzos de los distintos gobiernos, donde éstos todavía seguían existiendo, se mostraban incapaces para refrenar la plaga. De continuar así pronto no quedaría un solo ser vivo sobre la faz del planeta, y de hecho vastas extensiones de los cinco continentes estaban ya pobladas únicamente por estos repugnantes engendros del averno.

Apenas sobrevivía ya un diez por ciento escaso de la población mundial cuando hicieron su aparición otros visitantes inesperados, los vampiros. Pero éstos, a diferencia de los zombis, no sólo no atacaron a los acorralados humanos sino que enviaron emisarios - por la noche, claro está- a todos los lugares en los que subsistía algún resto de estructura social, comunicando a lo que quedaba de humanidad su intención de destruir a quienes calificaron de común enemigo.

De hecho, llevaban ya bastante tiempo planificando una campaña de aniquilación de los zombis, pero por desgracia éstos se les adelantaron cuando todavía no estaban preparados, provocando un holocausto que hasta entonces habían sido incapaces de neutralizar. Pero su arma secreta estaba ya lista y, aunque lamentaban profundamente no haber podido evitar tantas muertes, al menos harían todo lo posible por salvar a los restantes. Mientras tanto los humanos deberían mantenerse al margen, dado que no les resultaría posible ayudarles y no deseaban que les entorpecieran.

El plan de acción, según indicaron los mensajeros, era sencillo: los vampiros habían logrado desarrollar, tras múltiples ensayos, un agente patógeno inocuo tanto para ellos como para los humanos, pero mortal -si es que se podía calificar como tal- para los zombis. Este agente, que no era ni un virus, ni una bacteria, ni ningún otro tipo de vector conocido por la ciencia, debía provocar la inmediata desintegración de los zombis a los que

contaminara, y como además era tremendamente contagioso y estos seres tendían a hacinarse en grandes aglomeraciones, bastaría con esperar a que cumpliera su misión.

Los vampiros cumplieron su palabra. Grupos de ellos perfectamente organizados recurrieron a su avatar quiróptero para, volando en enjambre sobre las grandes concentraciones de zombis, verter sobre ellos la misteriosa sustancia en la que basaban su campaña de exterminio. Y, tal como habían afirmado, los efectos de ésta no pudieron ser más espectaculares: en el momento en el que un zombi entraba en contacto con ella, se disolvía literalmente entre grandes alaridos, convirtiéndose en un amasijo de gelatina pútrida del que sólo sobresalían algunos huesos. Una vez realizada la primera *siembra* bastó con dejar que la plaga se propagara por sí sola, de modo que tan sólo unas semanas después tan sólo sobrevivían -quizá fuera más preciso decir *sobremorían*- grupos dispersos de zombis que ya no representaban ningún peligro, pero que no obstante fueron perseguidos con saña hasta lograr su total aniquilación.

Cumplido su objetivo, los salvadores de la humanidad rogaron a lo que quedaba de ésta que procediera a limpiar los restos que habían quedado de los zombis, dado que éstos, aunque no representaban ningún peligro sanitario, además de repugnantes desprendían un olor extremadamente nauseabundo que a su delicado sentido del olfato le resultaba muy difícil de soportar. Y aunque para los humanos no era menos desagradable, agradecidos como estaban a los vampiros asumieron la servil tarea de ejercer de enterradores, excavando unas enormes fosas comunes a las que fueron arrojados los repulsivos restos.

Una vez descontaminada la tierra, los reorganizados gobiernos procedieron a mostrar su gratitud a sus salvadores, haciéndose eco -por desgracia fueron bastantes los políticos que sobrevivieron a la plaga- de la nueva era que se abría en el mundo gracias a la colaboración de las dos estirpes antaño enemigas y ahora aliadas.

Los vampiros, ya de por sí bastante inexpresivos como cabía esperar de unos no-muertos, aceptaron los halagos con displicencia y, acto seguido, manifestaron que si habían obrado así no había sido por altruismo, sino por puro interés ya que los extintos zombis, de haber consumado la aniquilación de la humanidad, les habrían dejado sin su fuente de alimentación, dado que como era sabido por las venas de estos muertos vivientes no circulaba sangre alguna. Dicho con otras palabras, habían defendido su despensa.

Como cabe suponer, a los hasta entonces eufóricos humanos les cayó como una losa descubrir que, en definitiva, se habían librado de la aniquilación para convertirse en el alimento de sus interesados salvadores, que ahora ya no necesitarían recurrir a ningún tipo de disimulo para mostrarse como los amos del planeta.

Eso sí, advirtieron, ellos no deseaban causar ningún daño a sus protegidos, de igual manera que el propietario de una explotación ganadera procura cuidar lo mejor posible a sus reses. Y como para alimentarse con sangre, lo único que necesitaban de los humanos,

no era preciso matarlos, bastaría con organizar un sistema de extracciones periódicas a toda la población apta, ya que la mayor parte de ella sería envasada en condiciones asépticas y consumida por los vampiros en sus propios domicilios.

Tan sólo en algunos casos, y siempre en plan *delicatessen*, procederían a chuparla directamente del cuello de sus *proveedores*, pero siempre cuidando de no causarles daños irreversibles ni convertirlos en vampiros, salvo por causas justificadas tales como el mantenimiento estable de su población, dado que eran estériles y, aunque su índice de mortalidad -o de *remortalidad*- era extremadamente bajo, siempre se producían algunas desapariciones a causa, principalmente, de accidentes tales como exponerse por descuido a la luz solar. En cualquier caso, los elegidos para ser transformados en vampiros serían unos privilegiados en comparación con el resto de sus congéneres.

Así pues, insistieron, los humanos no tenían nada que temer de ellos: serían bien tratados y no tendrían que preocuparse de nada salvo de hacer *donaciones* de sangre cada vez que fueran requeridos para ello. Incluso, por la cuenta que les traía a sus nuevos amos, serían sometidos a controles médicos y, en caso de necesidad, curados de todas aquellas enfermedades susceptibles de ser transmitidas por la sangre tales como los diferentes tipos de hepatitis o el sida, ya que, aunque éstas no les afectaban en modo alguno, como buenos *gourmets* afirmaban que la sangre enferma solía tener sabores desagradables. Esto sería posible dado que los vampiros, tal como habían demostrado en la campaña de exterminio de los zombis, habían sido capaces de desarrollar la bioquímica y la medicina hasta unos extremos desconocidos por los humanos.

Eso sí, quedaba claro que serían ellos quienes a partir de ese momento tendrían la sartén por el mango. Y aunque confiaban en la sensatez de sus nuevos siervos, para evitarles la tentación de intentar rebelarse contra el nuevo status quo les advirtieron de dos cosas que nunca deberían olvidar. La primera, que disponían de otro agente patógeno que atacaba a los humanos vivos de manera similar a la que había provocado la aniquilación de los zombis, con la única diferencia de que, por su propio interés -no era cuestión de quedarse sin *ganado*-, no era tan explosivamente contagioso como el anterior, aunque sí igual de mortífero.

La segunda, que asimismo habían sido capaces de lograr antídotos efectivos contra todos sus tradicionales puntos flacos. Por esta razón, convendría olvidarse de toda la panoplia de recetas antivampíricas que se habían transmitido generación tras generación: ni las balas de plata, ni las estacas clavadas en el corazón, ni las decapitaciones -si es que podían intentarlo siquiera- servirían para nada. Tampoco el ajo -aunque, eso sí, su sabor les seguía resultando desagradable-, el agua bendita o los talismanes en forma de cruz serían efectivos, e incluso la exposición a la luz solar les resultaba inocua gracias a las vestiduras especiales y a las cremas protectoras que utilizaban siempre que necesitaban salir de día.

Y no bromeaban en absoluto, puesto que algunos conatos de rebelión fueron reprimidos de forma expeditiva tal como habían advertido. Finalmente la humanidad acabaría resignándose a su nuevo papel secundario, que una vez probado resultó no ser tan malo... al menos, para la gran mayoría.

EL MAGO DE OZ 2.0

La joven Lucy estaba eufórica. Había sido seleccionada para interpretar el papel de Dorothy en la nueva versión de la mítica *El Mago de Oz*, lo que sin duda suponía un paso de gigante en su incipiente y todavía discreta carrera cinematográfica. Ciertamente era que la habían llamado en el último instante tras el accidente sufrido por la actriz elegida inicialmente, con la fortuna -para ella- de que las sustitutas previamente contactadas por la productora habían rehusado aceptar el papel por una u otra razón; pero aunque ella hubiera sido el último recurso, y su elección fruto de una improbable concatenación de sucesos fortuitos, no por ello iba a dar la espalda a la suerte cuando ésta se le había mostrado tan favorable.

Además, el suyo no era ni mucho menos el único caso en la historia del cine en el que un actor o una actriz habían alcanzado la fama por puro azar, ahí estaba el ejemplo Vivien Leigh en *Lo que el viento se llevó*.

Tan repentina había sido la llamada que ni siquiera le había dado tiempo a ver de nuevo el clásico de 1939 protagonizado -al recordarlo se le ponía la carne de gallina- por la mítica Judy Garland; pero eso no importaba, puesto que se sabía la película de memoria.

No obstante, cuando traspasó las puertas del estudio no pudo evitar sentirse cohibida; y eso que la trataron con toda consideración evitando con delicadeza todo cuanto pudiera recordarle su condición de novata. De hecho, fueron tan amables con ella que no tardó en perder la timidez comenzando a comportarse como lo que verdaderamente era, una chica extrovertida y risueña que tenía la habilidad de caer bien a todo el mundo. Justo como Dorothy.

Una vez terminada la interminable ceremonia de bienvenida, que tuvo como colofón una larga serie de presentaciones cuyos nombres fue olvidando conforme le presentaban al siguiente, la dejaron en manos de una mujer de mediana edad que se presentó como la ayudante del director de reparto. Aunque no estaba previsto que empezara a rodar hasta que se hubiera aprendido convenientemente el guión, su anfitriona le propuso visitar los distintos escenarios para irse familiarizando con éstos y con sus compañeros de rodaje.

-Disculpa por las prisas -le explicaba su guía-, pero el inesperado accidente de tu predecesora trastocó todo el plan de trabajo. De hecho ya había rodado algunas escenas, por fortuna pocas, y mientras esperábamos a ver si podía recuperarse a tiempo, y posteriormente mientras se contactó con las otras candidatas, el director se las apañó para ir rodando las escenas en las que no intervenía, por lo que te encontrarás a tus compañeros de reparto en plena faena y completamente maquillados.

-Ha habido suerte -le dijo minutos más tarde mirando el reloj-. Ahora mismo acaban de parar para el tentempié de media mañana. Así pues, dejaremos los escenarios para más tarde y te presentaré primero a los actores. Ven por aquí.

Su destino era una sala habilitada mitad como lugar de descanso, mitad como cafetería, aunque las afanosas maquilladora, febrilmente atareadas con retoques continuos de sus trabajos pese a las protestas de los afectados, dejaban clara la evidencia de que en realidad allí nunca se paraba del todo. Esquivando las mesas y los grupitos pintorescamente ataviados, la condujo al rincón donde se encontraban los protagonistas principales en animada conversación.

En realidad Lucy no tenía la menor idea de la identidad de estos actores, pero a ella esto no le importaba demasiado puesto que a quienes estaba deseando conocer era a los personajes que tanta relevancia habían alcanzado en su imaginario particular: El Espantapájaros, el Hombre de Hojalata, el León Cobarde... El corazón de Lucy comenzó a latir como una ametralladora, sintiéndose como en un sueño en el que ella sería la indiscutible reina.

El abigarrado recinto no le permitía ver bien los trajes que vestían, ya que siempre había alguien interponiéndose en su campo visual. Por esta razón, no fue hasta que no estuvo a su lado cuando pudo contemplarlos en detalle.

-Dorothy -la improvisada maestra de ceremonias hizo las presentaciones jugando jocosamente con los nombres de los personajes-, te presento a tus compañeros de aventuras: La Lata de Sardinias, la Aguja Perdida y el Lindo Gatito. Bienvenida a la maravillosa Tierra de Oz.

-Pero... -exclamó perpleja sin acertar a responder al amistoso saludo del trío-. Éstos no son...

Todos, excepto ella, respondieron a su sorpresa con una estruendosa carcajada.

-Me temo, Dorothy -le dijo el presunto el Hombre de Hojalata, que evidentemente todavía no conocía su verdadero nombre-, que nadie te ha debido advertir que esta película va a ser una versión un tanto diferente de la antigua.

-Pero... -volvió a repetir-. Usted no es el Hombre de Hojalata... ¡Usted es C-3PO!

-Así me llamaban en una lejana galaxia -respondió el aludido, que iba ataviado con la armadura dorada del famoso robot a excepción de la cabeza, que había depositado en la mesa cercana para poder beber una cerveza. Pero no por ello dejó de ser de hojalata, ¿no?

-Y usted -continuó ella, dirigiéndose al León Cobarde- es... ¡Chewbacca!

-Bueno, los dos tenemos el pelo dorado, aunque yo soy más alto que él; y además hablo, lo que no deja de ser una ventaja -rió éste, que al conservar puesta la cabeza de su personaje se veía obligado a beber su refresco con una pajita.

-Y yo -intervino el presunto Espantapájaros antes de que Lucy pudiera identificarle- soy Jar Jar Binks, el gracioso del grupo, aunque por desgracia no todos son capaces de apreciar mi vis cómica.

Tras un embarazoso silencio, Lucy consiguió recuperarse lo suficiente como para responder. O, mejor dicho, para preguntar en tono de reproche.

-¡Estos tres personajes no son de *El Mago de Oz*! ¡Son de *La guerra de las galaxias*! ¿Qué hacen aquí?

Fue la ayudante de reparto quien salió al quite.

-Como te ha dicho nuestro amigo metálico, esta versión tiene algunos cambios respecto a la antigua; digamos que ha sido... modernizada.

-¿Pero qué tiene que ver *El Mago de Oz* con *La guerra de las galaxias*? -gimió la pobre chica- ¡Es fantasía, no ciencia ficción!

-Mujer, no te lo tomes así -intervino Chewbacca en tono conciliador-. En el fondo tampoco hay tantas diferencias. Ten en cuenta que la película original, por muy maravillosa que fuera, tiene ya más de ochenta años; ¿quién puede estar interesado en esa antigualla salvo algunos cinéfilos? Al público actual ese cine no le gusta porque lo encuentra muy antiguo, y si quieres que vaya a ver la nuestra la tendrás que adaptar a sus gustos. Por lo demás el argumento no ha cambiado; ¿qué más da que nuestros disfraces sean algo diferentes, que la Ciudad Esmeralda se encuentre orbitando en torno a un agujero negro o que los monos voladores de la Bruja Mala del Oeste se hayan transformado en las tropas de asalto del Imperio Galáctico? Lo que importa es que estas referencias visuales resulten familiares a los chavales de ahora, de modo que se puedan identificar con la película.

Lucy no pensaba lo mismo, pero prudentemente decidió morderse la lengua ya que su futuro profesional pendía de un hilo. Haciendo de tripas corazón respondió con un hilo de voz:

-Sí, ahora que lo pienso parece sensato. Al fin y al cabo, ¿de qué serviría una versión más purista si la gente no va a verla al cine?

Ella sabía que la película original fue un fracaso de taquilla y tardó muchos años en rendir beneficios, pero prefirió callárselo. No obstante, tenía una pregunta que hacer.

-En lo que respecta a mi papel, ¿cambia mucho?

-¡Oh, no! -le respondió de nuevo la ayudante de reparto-. En esencia es idéntico, incluso diría yo que hasta ha mejorado con los cambios. Eso sí, el vestuario es distinto. En lugar de ese anticuado vestido de tirantes y cuadritos azules que parece hecho con unas cortinas de cocina, nuestras modistas han diseñado unos espléndidos trajes inspirados en los que llevaba Carry Fisher en su papel de la princesa Leia. Incluso tu peinado será similar, nada que ver con las feas coletas que llevaba Judy Garland.

Bien, podría haber sido peor, se dijo Lucy; y de haber estado más ducha en historia, habría adoptado como suya la famosa frase del rey francés Enrique IV afirmando que París bien valía una misa. Sería Dorothy, aun pasando por el trance de travestirse de Leia Organa.

-Está bien, me habéis convencido -zanjó con no demasiado convencimiento-. Y ahora, si me disculpáis, pasaré a recoger mi guión y me marcharé a casa a estudiarlo, quiero estar lista para empezar lo antes posible.

Despidiéndose de ellos con un breve saludo, salió disparada en busca de un lugar discreto en el que poder llorar.

-¡Espera! -exclamó la ayudante de reparto corriendo atrás ella-. ¡No sabes dónde está el despacho del encargado de los guiones!

-¿Qué os parece la chica? -preguntó el Espantapájaros/Jar Jar a sus compañeros-. No se la ve muy convencida.

-¡Toma! -respondió el León/Chewbacca-. Ni lo estábamos nosotros cuando nos ofrecieron participar en este engendro. Pero de algo hay que comer...

-Menos mal -terció el Hombre de Hojalata/C-3PO- que a nadie se le ha escapado delante de ella que a los munchkins de Pequeñilandia los han cambiado por ewoks; si se entera, le da algo. Por hoy ya ha tenido bastante la pobre, ya tendrá tiempo para digerir el resto.

LA VERDADERA HISTORIA DE D'ARTAGNAN

Por primera vez en sus largos años de servicio al rey, D'Artagnan veía en peligro su vida. Imprudentemente se había internado en un barrio poco seguro buscando un atajo para llegar antes a su destino, un destino que probablemente no llegaría a alcanzar puesto que había caído en una celada viéndose obligado a enfrentarse en solitario a tres rufianes que pretendían darle alevosa muerte.

D'Artagnan no los conocía, pero eso era lo de menos; sus enemigos eran numerosos y alguno de ellos, no importaba cual, habría contratado a esos tres matones para quitarle de en medio.

No obstante eran hábiles como espadachines, y pese a que dos de ellos habían pagado cara su osadía yaciendo exangües y olvidadas ya sus cuitas, el tercero seguía estando demasiado vivo; y era extremadamente peligroso, puesto que a diferencia del mosquetero, al que la fatiga comenzaba a pasarle factura, su rival se mantenía fresco y la punta de su espada cada vez se aproximaba más a su cuerpo.

Era cuestión de minutos, quizá ni siquiera eso, que D'Artagnan sintiera en sus carnes la mordedura del frío acero que pondría fin a su existencia; así pues, optó a la desesperada por el plan B. Tanteando con la mano libre su cadera mientras su atacante le acometía con una lluvia de peligrosas estocadas, empuñó la pistola que llevaba oculta bajo la capa y, amartillándola, disparó a bocajarro al pecho de su enemigo que, con una expresión de asombro en el rostro, se derrumbó en silencio poniendo fin al desigual duelo.

No había sido una jugada limpia ni propia de un caballero, pero tampoco lo era que tres espadachines acometieran a uno solo, aun tratándose de alguien tan temible como el mosquetero gascón, con ánimo de asesinarlo.

-¡Qué demonios! -se dijo mientras guardaba el arma y limpiaba cuidadosamente la espada en las ropas de su víctima-. Si Harrison Ford lo hizo, no sé por qué yo no puedo hacerlo también.

Eso sí, miró cuidadosamente a uno y otro lado para asegurarse de la ausencia de testigos y, una vez tranquilizado, continuó su camino. Por supuesto jamás relataría lo ocurrido a sus amigos Athos, Porthos y Aramis, más chapados a la antigua que él.

II. APÓCRIFOS MITOLÓGICOS

CANTOS DE SIRENA

Aquella jornada no se le había dado nada bien a Manuel el pescador. Tras arduas horas de duro trabajo bajo el sol abrasador, cuando ya el sangrante sol acariciaba el terso borde del horizonte, tan sólo media docena de escuálidos peces constituían el magro botín arrancado a las avaras aguas... demasiado poco para alguien que tenía una familia que mantener sin otros recursos que su vieja barca y las remendadas redes de las que parecían disfrutar burlándose las esquivas criaturas marinas. Y lo peor de todo era que no se trataba de un mal día, sino de un eslabón más de una larga racha de mala suerte que amenazaba con llevar el hambre a su modesta casa.

Suspirando profundamente, Manuel recogió los aparejos y, tras echar mano a los remos, se aprestó a doblar el promontorio que separaba el caladero del vecino puerto. En fin, se dijo con resignación, por lo menos habría algo con lo que dar de cenar a los niños; ya se apañarían su mujer y él con cualquier cosa.

Fue entonces, cuando pasaba frente a las rocas que servían de base al promontorio, cuando la vio. Manuel no había ido nunca a la escuela ni tenía el menor conocimiento de la mitología clásica, pero sabía lo que era una sirena... y sabía también que se trataba de seres imaginarios. Pero allí estaba, apenas a cien metros de su barca, bella como una diosa y sonriente como jamás había visto hacerlo a ninguna de las toscas aldeanas. Y le llamaba, le hacía gestos inequívocos de que se acercara a ella.

Manuel obedeció.

* * *

A la mañana siguiente Manuel no salió a pescar, dirigiéndose al mercado de la cercana villa con la cola de un magnífico pescado -él afirmó que se trataba de un atún- cuya venta le proporcionó beneficios suficientes como para subsistir durante varias semanas, causando la admiración de los lugareños ya que, según afirmaron los compradores, jamás en su vida habían tenido ocasión de probar nada tan delicioso.

EN EL LABERINTO

-¡Teseo, Teseo, olvidabas esto!

Reprimiendo un gesto de desagrado, el campeón de Atenas se detuvo a la entrada del laberinto para atender a la llamada de Ariadna, la fea y desgarbada hija del rey de Creta.

-Otra vez esa pelmaza... -masculló para sí- ¡Maldita sea la hora en que se enamoró de mí! ¿Es que no puede dejarme en paz de una vez ese cardo borriquero?

Forzando una sonrisa, ya que no era cuestión de incomodar al poderoso Minos antes de tiempo, preguntó a la muchacha:

-¿Qué quieres, Ariadna? Te ruego que no me entretengas demasiado, mis compañeros ya han penetrado en el laberinto, y no quisiera que el minotauro los encontrara antes de tiempo; son tan sólo unos muchachos indefensos, y yo soy el responsable de sus vidas.

-¡Pero cariño, -al oír el epíteto al ateniense se le revolviéron las tripas- olvidabas esto! Y te va a ser imprescindible para salir del laberinto una vez que hayas acabado con esa bestia. -exclamó Ariadna al tiempo que le extendía, con el rostro radiante de felicidad, una gruesa madeja de hilo- Ata el extremo al quicio de la puerta y vete desenrollándola poco a poco; así podrás volver sin temor a perderte en su interior.

-No me hará falta. -zanjó Teseo con brutalidad- Tengo esto, que es todavía mejor.

Añadió, al tiempo que le mostraba el objeto que sacó de la bolsa que colgaba de su cinturón.

-¿Qué es eso? -preguntó sorprendida la princesa cretense.

-¡Qué va a ser, idiota, un GPS! Puedes quedarte con tu estúpido hilo, quizá lo necesites para tejer una red con la que cazar a un incauto pretendiente.

Y volviendo la espalda a la atribulada muchacha, se internó con resolución en la guarida del monstruo.

Ella, estupefacta y entre lágrimas, le vio desaparecer para siempre al tiempo que recogía del suelo dos pequeños objetos cilíndricos, ambos marcados en cada extremo con una cruz y una raya, que se habían caído inadvertidamente del adminículo que Teseo le mostrara al sacarlo de la bolsa. Ariadna no tenía ni la más remota idea de lo que pudieran ser, pero decidió conservarlos para siempre como recuerdo de su amargo y frustrado amor.

¡VAYA ODISEA!

Después de veinte largos años de ausencia y azaroso peregrinar por todo el orbe conocido, Ulises Laertiada vislumbró ante él la costa de su amada Ítaca. Al fin había concluido su interminable destierro, sin que las duras pruebas a las que había sido sometido por los rencorosos dioses hubieran conseguido doblegar su indómito tesón.

Volvía a su reino tras superar innumerables tribulaciones en las cuales se había visto obligado a enfrentarse con dioses vengativos, gigantes sanguinarios, hechiceras maléficas, ninfas caprichosas, sirenas asesinas y otras mil adversidades sin cuento, una interminable y cruel odisea durante la cual fueron quedando en el camino los camaradas que le habían acompañado a la ya lejana y olvidada guerra. Tan sólo él entre todos ellos había logrado sobrevivir, de forma diríase que milagrosa, a los inhumanos obstáculos con los que le había probado el destino. Pero todo lo daba por bien empleado ante el inminente final de sus desdichas. Esa misma noche dormiría en la cálida cámara nupcial de su palacio, tiernamente abrazado por su fiel Penélope.

Sin embargo, no puedo evitar que un punto de incertidumbre ensombreciera su semblante. Después de tanto tiempo podían haber ocurrido muchas cosas, y no todas necesariamente buenas. ¿Encontraría a Ítaca muy diferente de como la dejara al partir rumbo a la lejana Ilión? Para bien o para mal, se dijo, pronto saldría de dudas.

Al llegar a la playa y hollar con fervor la tierra de su patria, Ulises alzó la vista al cielo en agradecimiento a sus dioses protectores. Fue entonces cuando vislumbró algo que le heló la sangre, algo que jamás habría esperado encontrar allí. Alzado sobre unos robustos mástiles gruesos como el cuerpo de un hombre, un enorme cartel ocultaba a su vista el interior de la isla. Pero lo peor no era la inquietante presencia del extraño reclamo, sino el demoledor mensaje que leyó con desesperación:

**SU TIEMPO ES ORO. NO LO PIERDA INÚTILMENTE
VIAJE CON NOSOTROS
CON AIR TROYA HABRÍA LLEGADO MUCHO ANTES**

GATO POR LIEBRE

Fue una larga y dura epopeya, pero finalmente había conseguido alcanzar la tan ansiada meta. Jasón el tesalio, heredero legítimo del trono de Yolco, se había visto embarcado en la más ardua aventura afrontada jamás por ser humano alguno, salvo quizá las descomunales hazañas de su camarada Heracles... pero éste era un semidios hijo del propio Zeus, mientras Jasón, por el contrario, tan sólo era un simple mortal.

Recordaba el esforzado héroe, ahora que acariciaba ya el premio a sus denodados esfuerzos, el largo camino recorrido desde que se embarcara, junto con otros cincuenta campeones griegos, en el veloz navío Argos camino de la remota Cólquide, allá en los confines del orbe, en busca del mítico vellocino de oro que el mítico Frixo colgara de un roble tras sacrificar al carnero Aries en homenaje al dios Ares. Era sin duda el trofeo más codiciado para cualquier héroe, pero sería también el botín más difícil de cobrar, custodiado como estaba por su celoso guardián, un dragón que nunca dormía vigilándolo día y noche.

Ya la larga travesía desde Yolco hasta la Cólquide había resultado tan penosa y plagada de dificultades que tan sólo alguien del temple de los argonautas habría podido ser capaz de vencerlas. Pero Jasón contaba con el auxilio de la flor y nata de los guerreros helenos, algunos de los cuales revestían incluso naturaleza semidivina. Con él viajaban personajes de la talla de Heracles, los gemelos Cástor y Pólux, el divino Orfeo, Peleo, futuro padre del divino Aquiles el de los pies ligeros, el adivino Mopso, el médico Asclepio, el arquero Filoctetes y sus flechas mágicas... así hasta cincuenta esforzados varones, cualquiera de los cuales valía por sí solo tanto como un ejército entero.

No menos fatigosos hubieron de ser los esfuerzos realizados para sortear las artimañas del pérfido rey Aetes, custodio del codiciado vellocino. Jasón tendría que uncir a dos toros mágicos de pezuñas de bronce y aliento de fuego, y con ellos arar un campo sembrando en él unos dientes mágicos de dragón de los cuales brotaría un feroz ejército de hombres armados.

Cualquier otro mortal habría sucumbido ante la magnitud de estas pruebas, pero Jasón era de un temple muy superior al que le atribuyera el taimado Aetes; y aun con ello precisaría del auxilio de Medea, la bella hija del rey versada en artes mágicas y enamorada del héroe tesalio. Gracias a ella, Jasón había podido alcanzar su objetivo domeñando a los dos toros de aliento de fuego, venciendo a los guerreros brotados de la tierra y adormeciendo al monstruoso dragón que custodiaba tan preciado trofeo.

Ahora, frente a su vista y al alcance de sus temblorosas manos, el vellocino de oro refulgía con dorados reflejos bajo la caricia de los rayos del sol, a modo de simbólica

rendición de pleitesía a su intrépido conquistador. Ya era suyo, tan sólo tenía que descolgarlo de las ramas que lo sostenían para apoderarse de él; pero cuando lo tuvo en sus manos descubrió, cosida al borde interior del mismo, una pequeña etiqueta que rezaba lo siguiente:

**MADE IN CHINA
100% ACRYLIC**

-¿Qué demonios significa esto? -preguntó a Medea, que se mantenía pensativa a su lado.

-¿Eso? -respondió la muchacha con un gesto evasivo- ¡Oh, nada importante! Cariño, no te preocupes por ello. Lo importante es que ya tienes el vellocino, ahora tan sólo te queda llevarlo a Yolco para recuperar tu trono... Seremos felices allí.

Sin embargo, el campeón tesalio no lo tenía tan claro.

-No sé... -gruñó malhumorado- He visto desollar muchos carneros, y ninguno llevaba dentro nada parecido.

-¡Pero cariño, es que éste era mágico!

-Bueno, si tú lo dices... -rezongó Jasón encogiéndose de hombros- Espero que mi tío Pelías no me ponga pegas, no te puedes ni imaginar lo pejiguero que es. Volvamos al Argos; ya nada nos queda por hacer aquí, y sigo sin fiarme de tu padre.

-Por supuesto, cariño. -respondió Medea regalándole con la más hechicera de las sonrisas- Cuanto antes embarquemos mejor, tenemos por delante un largo viaje.

Mientras tanto, ella se decía para sus adentros: *“Como coja al capullo que se olvidó de cortar la etiqueta, lo capo. ¿Y este ceporro? Hay que ser cortito para pensar que siguiéramos teniendo a estas alturas el vellocino de oro original, con la pasta que nos dieron... A ver si no cómo habríamos podido mantener la corte de mi padre y sufragado mis estudios. ¡Por Zeus, estoy rodeada de imbéciles!”*

-¿En qué piensas, Medea?

-En lo felices que vamos a ser tú y yo cuando lleguemos a tu reino, cielo.

RESPUESTA EQUIVOCADA

Edipo, el campeón tebano, tragó saliva antes de atreverse a mirar de frente a la sanguinaria Esfinge. Era plenamente consciente de que su vida pendía de un hilo, y de que sólo podría salvarla si lograba adivinar el críptico enigma planteado por ésta... algo que nadie hasta el momento había sido capaz de hacer.

Pero los otrora ubérrimos campos tebanos eran hoy yermos desolados, puesto que sus conciudadanos no se atrevían a aventurarse fuera de las murallas de la ciudad; habían muerto demasiadas personas como para que los aterrorizados supervivientes osaran arriesgar su vida, máxime cuando hasta las mentes más preclaras habían sucumbido ante las artimañas intelectuales del monstruo.

Y ahora era él, Edipo, la última esperanza de su pueblo.

-¿Quién eres tú, mísero mortal, que osas interrumpir mis meditaciones? -rugió el engendro del averno- ¿Eres consciente de cuál será el castigo a tu insolencia?

Edipo, sintiendo que todos los pelos de su cuerpo se erizaban, respondió con voz firme:

-Vengo a retarte, en defensa de Tebas.

Sorprendida, la Esfinge advirtió:

-Muchos otros lo intentaron antes que tú, y hoy sus huesos blanquean en las lindes de los caminos. ¿Acaso pretendes correr su misma suerte?

-No, puesto que yo adivinaré el enigma.

Perpleja ante el inesperado arrojado de su interlocutor, la Esfinge tardó unos segundos en responder.

-Está bien, pero ya sabes lo que te aguarda en caso de fallar.

-Y lo que te aguarda a ti en caso de que yo acierte. -contraatacó con audacia el tebano- Adelante, monstruo, plantéame el enigma.

Irritada por el atrevimiento de su insignificante rival, la Esfinge recitó con su voz cavernosa:

-¿Cuál es el ser, entre todos los que alientan sobre la faz de la Tierra, que camina a cuatro patas al alba, con dos al mediodía y con tres al atardecer?

-Espera un momento, bicho. -respondió Edipo con arrogancia al tiempo que abría el ordenador portátil que llevaba bajo el brazo- Ahora vas a ver, listilla. -añadió, al tiempo que tecleaba en el buscador de Google: “*Cuatro patas. Dos patas. Tres patas*”...

-¡Mierda! -exclamó furioso al ver que éste le daba un total de 392 entradas diferentes.

-Muchacho, lamento mucho tener que decirte que la respuesta “*Mierda*” es incorrecta. -ronroneó con suavidad la Esfinge antes de abalanzarse sobre su víctima para estrangularla con sus poderosas garras.

LA FALLA DE TROYA

¡Quién les iba a decir a los arrogantes aqueos, agotados tras años de dura lucha, que la genial idea de Odiseo de construir un caballo de madera, en cuyo interior se ocultarían los cuarenta valerosos guerreros encargados de burlar las poderosas murallas troyanas, acabaría desatando una auténtica catástrofe!

Claro está que la culpa no fue de Odiseo. En realidad su plan era perfecto, y en circunstancias normales habría engañado a los confiados troyanos haciéndoles creer que la enorme construcción era el reconocimiento de la derrota por parte de sus encarnizados enemigos, al tiempo que un homenaje a los dioses protectores de la ciudad de Ilión.

Para desgracia suya, entre los capitanes que habían defendido Troya del tenaz cerco se encontraba un guerrero llegado del remoto Occidente, donde el vinoso Ponto lame las costas de la enigmática Iberia. Este caudillo, príncipe poderoso de una ciudad llamada Valentia, mostró su regocijo ante el presente de los aqueos, explicando a sus aliados que en su lejano reino los homenajes a los dioses se realizaban prendiendo fuego a unas grandes construcciones de madera que allí llamaban fallas. Así pues, propuso que el gran caballo fuera incendiado allí mismo, a las puertas de Troya, como parte principal de la magna hecatombe con la que los troyanos celebraron la victoria.

Enardecidos por la celebración y ebrios de vino y gloria, ninguno de los participantes en la ceremonia oyó grito alguno procedente del interior del caballo, aunque algunos de ellos sí creyeron percibir un cierto olor a quemado cuya procedencia atribuyeron a la carne de las reses sacrificadas en honor de los dioses.

EL ÚLTIMO CENTAURO

Perimedes era un centauro. Pero no un centauro cualquiera sino el último centauro, único representante vivo de su otrora orgullosa estirpe. Exterminados por los lapitas tras una cruenta batalla, los hombres les habían dado por extinguidos de la faz de la Tierra, pero Perimedes había sobrevivido, de forma milagrosa, al holocausto de su raza.

Dado por muerto por sus enemigos al quedar su lacerado cuerpo oculto entre los cadáveres inertes de sus infortunados compañeros, Perimedes había conseguido abandonar penosamente el campo de batalla, una vez que los lapitas se hubieron retirado para celebrar su victoria, refugiándose en un bosque cercano donde, gracias al auxilio de unas compasivas ninfas, pudo sanar de las graves heridas que padecía.

Pasado algún tiempo y ya recuperado, a la par que consciente del peligro que corría si era descubierto por sus implacables enemigos, llevó una vida errante por las regiones deshabitadas del orbe, sin más compañía que los no siempre amistosos seres que habitaban en los bosques y las montañas. Era plenamente consciente de su condición de último centauro, pero no se acababa de resignar a ello. En especial anhelaba poder contar con una compañera, una centáuride que le permitiera hacer más llevadera su soledad y, quién sabía, quizá también tener hijos con los que devolver a la raza de los centauros su derecho a habitar en la Tierra.

Pero las centáurides habían sido siempre apenas una leyenda esquiva para sus congéneres, todos ellos hermanos entre sí al ser fruto de la impía unión entre su padre Centauro, a su vez hijo de Ixión y de la nube Nefele, y una manada de yeguas magnesias. Todos los centauros que Perimedes había conocido eran machos y, aunque entre ellos se incitaban mutuamente a emprender la búsqueda de sus homólogas femeninas, en la práctica solían conformarse persiguiendo a las yeguas salvajes que tenían el infortunio de cruzarse en su camino.

Perimedes nunca los había imitado. Consideraba bárbaras estas costumbres, y consciente de que jamás sería aceptado por una mujer, para las cuales él era tan sólo un abominable monstruo, siempre había alentado la esperanza de encontrar una centáuride.

Los centauros eran una raza longeva, y Perimedes tenía por delante muchos años para buscarla. Y así lo hizo, siempre atento a los rumores que corrían por los bosques y los desiertos que se extendían más allá del orbe habitado por los hombres. Ora una ninfa, ora un sátiro, ora una náyade, de vez en cuando le informaban de la posible existencia de una centáuride más allá del horizonte, siempre más lejos. Perimedes era consciente de que en muchas ocasiones le mentían para verse libres de su presencia, que muchos consideraban

una amenaza, pero pese a ello seguía porfiando con tenacidad en la búsqueda que constituía la única razón de su existencia.

Pasó mucho tiempo y pasaron también muchas vanas esperanzas, hasta que un día, en una remota región por la que no se atrevían a internarse ni los más intrépidos semidioses, una vieja arpía que allí habitaba le confirmó la existencia de un ser, mitad mujer, mitad yegua, más allá de las escarpadas montañas que servían de lejano horizonte a su cubil. Habían sido muchas las veces que a Perimedes le dijeron algo similar, pero en esta ocasión se sintió inclinado a creer al monstruoso engendro simplemente porque ésta no tenía nada que temer de él, sino más bien al contrario. Así pues, se despidió de su informante y emprendió el largo y trabajoso camino que le conduciría hacia su destino.

Una vez allí descubrió que, a diferencia de las desoladas regiones que había atravesado durante su largo peregrinar, las montañas servían de refugio, a modo de pétreo joyero, al paradisiaco valle que se abría en sus entrañas. Extasiado por vez primera en muchos años Perimedes trotó feliz por la fértil llanura, se bañó voluptuoso en el cristalino lago y yació sosegado a la sombra de un venerable roble mientras comía el generoso fruto de los numerosos matorrales que crecían por todos lados.

Fue entonces cuando la divisó, apenas una fugaz sombra que se escondió temerosa en la espesura. Era ella, tenía que ser ella. Apenas si había vislumbrado el movimiento que su precipitada fuga originó en el denso follaje, pero para él fue suficiente. Enderezado sobre sus cascos, galopó a toda velocidad en busca de su huidiza esperanza.

Por fortuna para él, y pese a no conocer el terreno, era más rápido que la centáuride, por lo que tras una agotadora carrera pudo alcanzarla al fin cuando ésta, detenida su huida por una abrupta pared rocosa que le cerraba el camino, se volvió de frente, protegiendo sus espaldas, en un desesperado ademán de estéril defensa.

Pero Perimedes no deseaba hacerle el menor daño, por lo que le sonrió al tiempo que, encabritándose, detenía de golpe su desenfrenado galope manteniéndose a una prudencial distancia de la criatura... para mudar la sonrisa en una aterrada expresión de asombro.

Efectivamente se trataba de un ser que, al igual que él mismo, reunía en un mismo cuerpo características humanas y equinas. Y también era una hembra, de eso no cabía la menor duda. Pero para desolación suya, algún dios cruel había decidido que la proporción fuera justo la opuesta a la deseada: la centáuride, si es que se le podía seguir denominando así, poseía un escultural cuerpo de mujer rematado por una cabeza de yegua.

Durante un tiempo que semejó ser una eternidad ambos seres se miraron fijamente a los ojos, humanos los unos y equinos los otros, sin intercambiar palabra alguna. ¿Para qué hacerlo? Ambos eran plenamente conscientes de lo que les había deparado el destino.

Al cabo Perimedes abatió la cabeza y, girando en redondo, retornó por donde había venido abandonando el idílico valle sin volver ni una sola vez la vista atrás. Hubiera sido una crueldad, para él y para ella, haberlo hecho. Mejor era así, asumiendo con entereza su destino.

Dicen que la historia del centauro Perimedes ocurrió hace ya muchos años, en los tiempos de los abuelos de los abuelos de nuestros abuelos. Y afirman los cuentos que durante las frías noches de invierno narran las viejas al calor de la lumbre, que en algunas ocasiones todavía es posible vislumbrar, perfilada en el ensangrentado horizonte del ocaso, la doliente figura de un centauro que galopa sin freno hacia nadie sabe donde.

UN TRABAJO DE HÉRCULES

-¿Nombre?

El funcionario de la oficina de empleo estaba malhumorado, y no se molestaba en disimular su disgusto. No le faltaban motivos para ello: de entre todos los empleados encargados de atender al público, le había tenido que tocar a él la china de bregar con esa especie de gorila, un gigantón de aspecto tosco y brutal, que se hallaba sentado enfrente suyo; y desde luego, tampoco ayudaba demasiado que su único atavío fuera una mugrienta y pestilente piel de vete a saber qué animal, o que hubiera dejado apoyado en el borde de la mesa un grueso y amenazador garrote sospechosamente parecido a la porra del Rey de Bastos y que no tenía aspecto de ser utilizado por su dueño precisamente para apoyarse al caminar.

Aunque lo peor de todo era el intenso olor que emanaba del individuo... que no era precisamente a rosas.

-Tengo varios -gruñó el gigantón con tono gutural, articulando dificultosamente las palabras-: Heracles, Hércules, Alcides, Melkart, Ogmios... pero puede poner Hércules, que es como soy más conocido.

-¿Apellidos?

-¿Qué? ¡Ah, sí! No... no tengo apellidos, aunque si le sirve de ayuda soy hijo de Zeus - proclamó orgulloso.

-Está bien -suspiró el funcionario conteniendo a duras penas las arcadas ante las continuas oleadas de efluvios corporales que fustigaban su nariz-. Pondré Hércules Zeus - era evidente que no estaba demasiado ducho ni en mitología clásica ni en el sistema patronímico utilizado por los antiguos griegos, aunque sí estaba sobradamente familiarizado con los estrambóticos nombres esgrimidos por muchos demandantes de empleo extranjeros.

-¿Profesión? -volvió a preguntar en tono aséptico.

-Yo... soluciono problemas -fue su desconcertante respuesta, al tiempo que acariciaba la porra.

-¿Problemas? ¿Qué clase de problemas? -el funcionario se encontraba cada vez más molesto.

-¡Oh, pues de todo! -y soltó una estentórea carcajada cuyos efectos colaterales, en forma de nauseabunda halitosis, acabaron de rematar a la castigada pituitaria del sufrido empleado-. Me llaman, me dicen lo que tengo que hacer... y yo lo hago. Así de sencillo.

Y volvió a reír antes de que su interlocutor tuviera tiempo de retirar la cara, preocupado como estaba por haberse convertido, muy a su pesar, en el foco de atracción de todos los ocupantes de la vasta sala.

-“*O sea, un matón*” -se dijo para sus adentros una vez fue capaz de reaccionar-. “*Y ahora, ¿qué hago yo con este tío?*”.

Jurando mentalmente en arameo, se armó de paciencia y explicó:

-Lo siento, pero necesito que me especifique en qué consistieron sus trabajos y quienes fueron sus empleadores; a no ser, claro está, que disponga de su vida laboral... porque en el ordenador no aparece nada con el nombre que usted me ha dado.

-Bueno... -meditó el gigantón haciendo notorios esfuerzos por exprimir sus neuronas- han sido muchos, pero ha pasado mucho tiempo desde entonces. Déjeme recordar. A ver... sí. Maté al león de Nemea; ésta es su piel, por cierto -explicó orgulloso exhibiendo su repelente atavío-. Maté a la Hidra de Lerna, capturé a la cierva de pezuñas de bronce, capturé al jabalí de Erimanto, limpié los establos del rey Augías, maté a los pájaros del lago Estínfalo, capturé al toro de Creta, robé -nueva carcajada- las yeguas de Diomedes, el cinturón de Hipólita, el ganado de Gerión y las manzanas del Jardín de las Hespérides, y hasta saqué de los infiernos a Cerbero delante de las mismísimas narices de Hades. Además maté a varios gigantes, entre ellos el invulnerable Anteo; separé las dos rocas del estrecho que desde entonces empezó a ser conocido por mi nombre -al llegar aquí abombó el impresionante pecho-, derroté en combate al mismísimo Ares, participé en la expedición de los Argonautas, fundé varias ciudades que con el tiempo acabarían siendo famosas, creé los Juegos Olímpicos... ¿Le parece poco? -interpeló con gesto torvo a su interlocutor al apreciar el ademán escéptico de éste.

-Yo... no me interprete mal -musitó con un hilo de voz el desgraciado administrativo, que en ese momento nada hubiera deseado más que la tierra se abriera bajo sus pies y se lo tragase; ¿dónde demonios estaba el vigilante?-. No dudo en absoluto de su... ¡hum! valía, pero necesito... necesitaríamos -se corrigió- los documentos acreditativos de todos esos trabajos que usted ha solicitado, con objeto de incorporarlos a su expediente.

-¿Documentos?

-Sí, papeles, certificados... algo que justifique que usted realizó realmente esos trabajos.

-¿Acaso duda de mi palabra? -rugió el gigante en tono amenazador al tiempo que asía la empuñadura de la porra.

-Yo, no... en absoluto -musitó con un hilo de voz su atemorizado interlocutor al tiempo que se encogía cuanto le era posible en su asiento- . Es que son las normas...

-Pues vaya normas más idiotas -resopló el anfitriónida soltando el arma- ¡Claro que no tengo papeles! ¿Cómo voy a tenerlos, si ni siquiera se habían inventado entonces? Cuando yo mataba a un monstruo lo que hacía era cortarle la cabeza, desollarlo o quedarme con alguna parte suya que me pudiera servir de trofeo, y cuando robaba algo eso mismo era lo que me servía como prueba; aunque en realidad nunca fue necesario, ya que la fama de mis hazañas siempre me precedía. Pero papeles... -bufó desdeñoso.

-Está bien, no se preocupe, de momento le inscribiré como demandante de primer empleo y lo otro ya lo arreglaremos más tarde -contemporizó el funcionario, impaciente por quitarse el muerto de encima.

Y siguiendo con el cuestionario, preguntó:

-¿Edad?

-Urgg... eso es difícil de saber -reconoció el olímpico-. No recuerdo mi fecha exacta de nacimiento, entonces la gente no se preocupaba demasiado por estas cosas, pero calculo que debió de ser hacer aproximadamente unos tres mil cuatrocientos años, siglo arriba o abajo.

“*Edad, cincuenta años*”. Tecléo el administrativo en su ordenador, cuidándose mucho de que se enterara ese energúmeno. ¡Tres mil cuatrocientos años! ¿Acaso le había tomado por un imbécil?

Y ante el mudo asentimiento del interpelado, continuó:

-Ya casi hemos terminado -sería difícil saber cual de los dos lo deseaba más-. Ahora necesito que me diga en qué desea trabajar, o bien aquello para lo que cree que posee mayor experiencia o destreza.

-Yo... La verdad es que no tengo preferencias, siempre me adapto a lo que me piden... bueno, la verdad es que disfruto mucho cazando monstruos o capturando bandidos... - concluyó el semidios sonriendo de oreja a oreja.

-Monstruos no deben de quedar ya muchos -respondió el empleado en un inesperado arranque de cinismo-, y los pocos que todavía pudiera haber lo más probable es que estén catalogados como especies en peligro de extinción, y hayan prohibido su caza. Y en cuanto

a los bandidos, mucho me temo que estando como están metidos en la política, no sea tampoco demasiado fácil meterles mano.

Pero como su interlocutor parecía ser bastante duro de mollera, y además tampoco resultaba conveniente hablar demasiado mal de los políticos en su centro de trabajo, interrumpió bruscamente sus reflexiones en voz alta. Viendo que Hércules le miraba con perplejidad, añadió:

-Bueno, en realidad no tiene demasiada importancia; como no puedo asignarle un perfil especializado, le abriré un expediente como demandante de trabajos sin cualificación. Lo malo es que la oferta de este tipo de empleos es cada vez más reducida...

-¿Entonces? -preguntó el gigantón.

-Estoy mirando a ver qué pudiera ofrecerle, pero no le puedo prometer nada; las cosas están muy mal últimamente. Supongo que su principal habilidad estriba en la fuerza física, ¿me equivoco?

Difícilmente podía hacerlo viendo los poderosos bíceps del visitante... pero un poco de diplomacia nunca estaba de más.

-Bien -continuó explicado, tras dar por aprobatorio el mutismo de su interlocutor-. Para vigilante jurado no hay nada... Portero de discoteca, tampoco. Guardaespaldas no, para ello necesitaría una licencia que supongo no tiene. Veamos descargador en el mercado central... ¡Vaya, sólo quieren a menores de cuarenta años! Boxeador... ¡hum! El tema está de capa caída, e incluso llevan tiempo amenazando con prohibirlo...

Se quedó pensativo durante unos instantes y añadió:

-Quizá como militar... normalmente suelen preferir gente más joven, pero al parecer ahora andan muy mal de reclutas; además, con su físico sería una estupidez rechazarle. No en una unidad corriente, claro está, pero quizá usted pudiera tener cabida en la Legión o en algún otro cuerpo de élite similar.

-Olvídelo -rezongó el desempleado- Ya lo he intentado, y me respondieron que ya habían pasado los tiempos en los que el Ejército necesitaba carne de cañón. Al parecer, ahora hasta el último soldado debe tener una preparación técnica de la que yo carezco. Con lo bien que me manejaba yo con mi clava... -suspiró al tiempo que acariciaba la empuñadura de su gigantesca porra.

-Pues vaya... esto nos cierra la última puerta, me temo.

-Quizá no -sonrió Hércules mostrando su desastrada dentadura-. Se me acaba de ocurrir una idea. Pero usted no podrá ayudarme, ya que es algo que se escapa de su competencia.

-Bueno, si usted lo dice... -condescendió el funcionario, satisfecho al vislumbrar la posibilidad de quitarse el muerto de encima- no obstante, ya sabe que estamos aquí para todo cuanto pudiera necesitar.

-¡Oh, gracias! -exclamó el gigante antes de soltar otra de sus estentóreas carcajadas- Pero si sale bien, no tendré que venir a molestarles de nuevo. Y no se preocupe; si tiene interés por mí -el empleado no lo tenía en absoluto, pero prefirió dar la callada por respuesta- le aseguro que se enterará por los periódicos.

“¿Qué pretenderá hacer este cabeza de chorlito?” -se preguntó su interlocutor; en cualquier caso no era problema suyo, por mucho calibre que pudiera tener su futura barrabasada.

Y satisfecho como estaba por haber conseguido lidiar el embrollo, despidió amablemente al grandullón. Eso sí, en cuanto éste traspuso la puerta, corrió a llamar a la señora de la limpieza para que desinfectara el asiento que había ocupado.

* * *

Pasó el tiempo. El probo funcionario se había olvidado por completo de su pintoresco visitante, pese a que durante los primeros días se viera obligado a soportar las rechiflas de sus compañeros. Pero un día, al abrir el periódico...

Era él, no cabía la menor duda; su aspecto físico era inconfundible, incluyendo la sonrisa bobalicona, por más que ahora apareciera embutido en un traje pretendidamente elegante -y sin ningún género de dudas caro- que, pese a los presumibles esfuerzos del sastre, le sentaba exactamente igual que un frac a un gorila. También coincidía el nombre, Hércules, aunque el apellido había variado; ahora aparecía como Joviano, a saber por qué. Pero eso era, en el fondo, algo que no le importaba.

Lo que sí le llamó la atención, y mucho además, fue que el pobre patán, aparentemente, había logrado ver hecha realidad su promesa... con pingües resultados además, a juzgar por su aspecto.

La noticia de la que se hacía eco el periódico era que el nuevo concejal de Seguridad Ciudadana -el susodicho Hércules- prometía luchar sin contemplaciones contra la delincuencia y el vandalismo que asolaban a la ciudad. “*Si es necesario* -afirmaba con rotundidad- *seré yo mismo quien me líe a garrotazos con toda esa chusma*” -concluía. Y tenía toda la pinta de ser sincero.

En ese momento -todavía faltaban algunos minutos para que se abriera al público la oficina- un compañero suyo pasó por su lado y vio la foto por encima de su hombro.

-Oye -preguntó con un cierto tono irónico-, ¿no es ese el fulano apestoso que tuviste que atender hace algunos meses?

Y ante su respuesta afirmativa, continuó:

-Pues parece que ahora no le va nada mal; vaya cómo se lo ha montado el tío metiéndose en política, cuando tenía todo el aspecto de no saber hacer la O con un canuto. Pero no es eso lo peor -continuó-; con un poco de suerte, hasta le acabaremos viendo de ministro.

Agitando con desánimo la cabeza, se encaminó hacia su mesa.

Sí, se dijo el funcionario cerrando el periódico; tal como estaban las cosas el mejor *trabajo* era sin duda el de político, el único donde carecer de estudios y de currículum no sólo no era un inconveniente sino, en muchas ocasiones, incluso una ventaja. Amén de que, dada la talla intelectual media de quienes *governaban* el país, nada inducía a pensar que ese Hércules, en su nuevo trabajo, fuera a hacerlo peor que muchos otros; puede que incluso hasta lo hiciera mejor, vistos los precedentes.

El reloj marcó la hora y el conserje procedió a abrir la puerta. En la oficina de empleo -otro de tantos eufemismos- comenzaba una nueva jornada. Y, a juzgar por los últimos datos estadísticos, aun maquillados éstos por el gobierno, iban a tener más trabajo -¡qué ironía!- que nunca.

NEGOCIOS INFERNALES

Ilusionado, pero al mismo tiempo amedrentado, el que en vida fuera Glauco el ateniense caminaba titubeante por el sombrío desfiladero subterráneo que conducía hasta las puertas del Hades. En su mano aferraba el óbolo que le serviría para pagar a Caronte el paso por la laguna Estigia, tras la cual se encontraba la entrada al mundo de ultratumba en el que a partir de ahora residiría durante toda la eternidad.

Tras doblar un recodo, apareció frente a él la orilla del tétrico lago. Amarrada a un tosco embarcadero se encontraba la barca, aparentemente vacía. Caronte no andaría muy lejos, se dijo.

Pero no fue así. Cuando llegó hasta el embarcadero, comprobó que allí no había nadie, aunque sí un extraño poste metálico de forma rectangular, con varias luces y botones de colores en su cara frontal.

Perplejo, Glauco se detuvo frente al poste sin saber qué hacer. De repente, una voz de tono monocorde surgió de éste:

-“Deposite sus monedas en la ranura superior y recoja el ticket”.

Glauco no tenía la menor idea de lo que el artilugio le estaba diciendo, pero vio que una luz se encendía en torno a un orificio rectangular por el que probó a introducir la moneda. Cabía, y la ranura se la tragó.

Pero no devolvió ningún ticket, fuera eso lo que fuera, sino que volvió a recitar:

-“Cantidad depositada, un óbolo. Faltan por depositar otros dos óbolos”.

Esta situación, evidentemente, no estaba prevista, así que Glauco se quedó inmóvil sin saber que hacer. El artilugio repitió varias veces la cantinela y, finalmente, escupió el óbolo por una ranura inferior, cayendo éste en una especie de concha situada bajo ésta.

-“Por favor, recoja su moneda. El importe del peaje son tres óbolos” -insistió el maldito artefacto antes de quedar en silencio.

Glauco hizo lo primero, pero no lo segundo. ¿De dónde iba a sacar el resto del dinero? Sus familiares tan sólo habían depositado una moneda bajo su lengua, ésta era la tradición desde tiempos inmemoriales...

-¿Problemas, muchacho? -inquirió una cascada voz a sus espaldas.

-Yo... -tartamudeó Glauco al tiempo que se volvía para ver al recién llegado, un anciano de luengas barba y cabellera blancas aferrado a un grueso cayado-. Yo no sé...

-Ya -respondió el viejo haciendo un gesto de complicidad-. No sabes manejar este trasto y además no tienes suficiente dinero. ¿Me equivoco?

-Tengo un óbolo para pagar a Caronte, es lo normal...

-Olvídate, chico -hizo un gesto de desdén con la mano-. Desde que privatizaron el servicio, la tarifa oficial es de tres óbolos. Se acabaron los peajes baratos.

-Yo no sabía nada... mis familiares...

-Tampoco, claro. La nueva tarifa lleva poco tiempo puesta, es cierto -rezongó su interlocutor-. Pero al parecer los sacerdotes, allá arriba, siguen sin enterarse pese a las circulares informativas que, dicen, les han mandado. A saber... lo cierto es que la gente sigue llegando aquí completamente despistada.

-Por cierto -preguntó Glauco-, ¿dónde está Caronte? En la barca no hay nadie...

-Soy yo -suspiró el anciano con aire abatido-. Esos malditos concesionarios me dejaron sin trabajo con la excusa de que ya era demasiado viejo para andar cruzando la laguna. ¡Hacerme eso a mis años! Y por si fuera poco no pusieron a un barquero más joven, sino que instalaron en la barca un artilugio automático que, según ellos, hace innecesario que nadie la guíe... ¡como si fuera lo mismo! ¿Sabes las veces que se ha averiado el maldito trasto? Pero, claro está, así todo es ganancia para ellos, mientras que yo me conformaba con los óbolos de los viajeros para ir tirando.

-Entonces... -Glauco estaba cada vez más perplejo.

-Desde entonces me tienes aquí, hijo, sin trabajo ni pensión, vagando como un alma en pena ¡huy, disculpa, no quería ofenderte! por esta maldita orilla.

-Lo siento, señor... -musitó Glauco-. Pero necesitaría saber qué hago ahora.

-¡Oh, chico, discúlpame por haberte aburrido con mis problemas! Tú no tienes la culpa. Lo que quieres es cruzar, claro. Bien, tienes dos opciones. Puedes esperar a que vengan algunos más recién fallecidos, de modo que entre todos podáis reunir el pago del peaje. Antes yo cobraba por cabezas, pero ahora este artilugio lo hace por viajes con independencia del número de pasajeros. Puede parecer una ventaja, pero tiene el inconveniente de que en ocasiones la gente tarda bastante en llegar, sobre todo como cuando ahora no hay guerras importantes y los difuntos escasean. O...

Hizo una pausa para observar ladinamente el gesto de disgusto del viajero y prosiguió bajando el tono de voz:

-Poseo un pequeño esquiñe que usaba para pescar quimeras en mis ratos de ocio. Lo tengo amarrado tras ese peñasco y, si quieres, te podría cruzar a cambio del estipendio habitual, el óbolo que tienes en la mano. Claro está que es necesaria la máxima discreción ya que, aunque al otro lado no suelen hacer demasiadas preguntas, si la empresa concesionaria se enterara podría denunciarme por competencia desleal... ¡a mí! -bramó.

Poco después, ambos cruzaban las oscuras aguas en la frágil embarcación. Caronte, pese a su fama sombría, contento por haberse embolsado el óbolo resultó ser un interlocutor locuaz.

-¿Tú te crees? -se quejaba a su pasajero- Estos fulanos de la concesionaria han puesto todo patas arriba. Nos han arrinconado a los funcionarios y han puesto en nuestro lugar a unos empleadillos que no tienen ni puñetera idea de lo que es este trabajo y a los que pagan una auténtica miseria, y eso que nuestros sueldos no eran para hacerse ricos... Bueno, en mi caso ni siquiera me han reemplazado por otro barquero, como ya te dije se limitaron a poner un mecanismo automático que está más tiempo estropeado que funcionando.

Escupió con rabia fuera de la barca y continuó con su diatriba:

-A Cerbero también lo quitaron de en medio, con la excusa de que comía mucho por sus tres cabezas; ahora vegeta cuidando ganado. En su lugar pusieron a un recepcionista que en vez de pavor da risa, el cual se limita a tomar tus datos e indicarte el camino hacia la sala de juicios; aunque no suele preocuparse mucho por la forma en que las almas de los muertos hayan llegado hasta allí, por precaución conviene que te deje no en el embarcadero de la otra orilla, junto a su garita, sino en una pequeña ensenada que hay algo más allá y que queda al resguardo de miradas inoportunas. Ya te indicaré el camino cuando lleguemos.

Como Glauco guardaba silencio, el otrora feroz barquero continuó:

-Ni siquiera han respetado a los tres jueces, Minos, Éaco y Radamante. Ahora quienes juzgan a los recién llegados son varios jovencitos que van cambiando de forma periódica conforme vencen sus contratos en prácticas; dicen que aceptan sobornos, y de hecho no me extrañaría nada ya que los que vienen aquí bien provistos de ricos ajuares funerarios siempre suelen acabar encontrando acomodo en los Campos Elíseos, con independencia de los méritos o los crímenes que pudieran haber cometido en vida. Eso, claro está -rezongó mientras utilizaba el cayado para apartar el esquiñe de una peligrosa piedra que sobresalía del agua-, si antes no se han gastado sus bienes en el casino que estos fulanos montaron en el antiguo palacio de justicia con la excusa de que así se podían entretener un rato mientras esperaban que llegara su turno; porque ahora, se me olvidaba decírtelo, los juicios ya no se hacen en el palacio porque, según dicen, era demasiado grande, sino en unas casetas prefabricadas que montaron al lado. ¿Tú te crees?

-Pero... -habló Glauco al fin- ¿Quién ha hecho eso?

-¿Quién va a ser? -explotó iracundo Caronte- Esos dos, Hades y Perséfone, los amos del cotarro. Dicen las malas lenguas que se compincharon con Hermes, ya sabes, el dios de los ladrones, para que éste creara una sociedad que fue la que ganó la concesión por un millón de años, prorrogable, por supuesto... claro está que como titular de la empresa figura un testafierro, el tontaina de Epimeteo, pero todo el mundo sabe que quien está realmente detrás es el sinvergüenza de Hermes a través de su hombre de confianza, el taimado Odiseo, y que Hades y Perséfone se cobran bien cobrados los favores prestados...

-¿Y no se puede hacer nada? -inquirió el joven- ¿Denunciarlo?

-¿A quién? -se mofó Caronte- ¿A Zeus? Es hermano de Hades y padre de Hermes y de Perséfone... además, a raíz de la guerra contra los titanes los tres hermanos, Zeus, Poseidón y Hades se repartieron el botín comprometiéndose a no interferirse en los negocios de los demás...

-Yo estaba pensando más bien en la justicia...

-¿En Temis? No me hagas reír. La pobre es una carcamal a la que nadie hace el más mínimo caso. Además el hecho de ser una titánide, aunque no participara en la guerra contra los olímpicos, hizo que éstos la mantuvieran siempre en un segundo plano puramente decorativo...

-Poca solución hay...

-Así es, muchacho, y no quiero engañarte. Entrás en el Hades con las manos vacías, y por muchos méritos que pudieras haber tenido en tu vida mortal... ¡no, no quiero que me cuentes nada, yo no soy juez, sino un simple barquero! -se interrumpió al ver que Glauco pretendía darle explicaciones- lo cierto es que tienes muy pocas posibilidades de que te destinen a los Campos Elíseos. Te enviarán, probablemente, a vegetar a los Campos Asfódelos, pero corren rumores de que, como éstos están cada vez más saturados, podrían estar empezando a enviar gente al Tártaro de forma indiscriminada... pero no te preocupes, personalmente no creo que lleguen a atreverse a tanto. Al fin y al cabo, para que les funcione el negocio éste tiene que gozar de una relativa discreción, y esto último resultaría ya demasiado escandaloso.

Hizo una nueva pausa para acercar la barca a la orilla y continuó:

-Bien, ya hemos llegado. Ten cuidado al bajar, porque el agua está muy fría, y discúlpame si no me entretengo, pero no quisiera que me viera nadie desembarcando viajeros. Si sigues la orilla en esa dirección -señaló con el cayado- llegarás en media hora al punto de recepción de visitantes. Te deseo suerte, hijo.

Instantes después, mientras el antiguo barquero infernal se perdía en la oscuridad que se cernía sobre la ominosa laguna, un perplejo Glauco se encaminaba hacia el lugar que éste le había indicado. Evidentemente, las cosas no iban a ser tal como él hubiera esperado.

LA HISTORIA DE JUAN EL PESCADOR

Juan era pescador. Difícilmente se podía ser otra cosa en la pequeña aldea costera en la que nació, vivía y, muy probablemente, moriría, cuya única actividad posible era la pesca artesanal y a pequeña escala, dado que su minúsculo puerto no permitía el amarre de barcos grandes y las pedregosas tierras del interior, que se desplomaban sobre el mar en abruptos acantilados, eran malas para la agricultura y aun para la ganadería.

Juan tenía una barquita con la que se ganaba la vida al igual que lo hacían la mayoría de los pescadores del pueblo, y con ella sacaba lo suficiente para sobrevivir, para lo cual no necesitaba demasiado dado que pese a su edad, pasada ya con creces la juventud, permanecía soltero y vivía solo y sin familia en una pequeña casa heredada de sus padres.

La razón de su soltería no era otra sino que no le satisfacían las sencillas muchachas del pueblo, a las que encontraba toscas; pero a pesar de que nadie ponía en duda su virilidad, de cara a preservar su intimidad cada vez que alguien le preguntaba por su resistencia a contraer matrimonio él respondía, en tono burlón, que estaba esperando encontrar a una sirena.

Las aguas que rodeaban la aldea de Juan no eran buenas para la pesca. Sí lo eran las de la costa que se abría más allá del promontorio norte, pero las fuertes corrientes y los arrecifes las convertían en peligrosas y eran evitadas por los lugareños. Juan, más audaz o más imprudente que el resto de los pescadores, sí se atrevía a encaminarse con su barca hacia allí, sobre todo cuando los caladeros habituales se negaban a llenar sus redes y él no se resignaba a volver de vacío al puerto.

A las advertencias de sus alarmados -y envidiosos- compañeros, respondía que era cuestión de conocer suficientemente bien la costa y las mareas, y de disponer de una buena barca, para poder faenar sin peligro. No obstante, tan sólo recurría a ello cuando no conseguía una buena pesca en zonas menos peligrosas.

Un día de primavera estaba recogiendo las redes en la costa maldita, tal como la denominaban en el pueblo, cuando algo le llamó la atención. Cerca de la orilla, allá donde una minúscula cala se abría entre los farallones que caían a plomo sobre el agua, vio cómo una aleta caudal de gran tamaño se alzaba en el aire poniéndose vertical antes de sumergirse. La cola no le pareció de pez sino de cetáceo, por su tamaño quizá de un delfín. Pero en esa zona no se solían ver delfines, y menos tan cerca de una costa en la que corrían el riesgo de varar.

“Bien, siempre hay una primera vez”, se dijo más con curiosidad que con interés, puesto que los traicioneros escollos le impedían acercarse hasta el lugar en el que había visto al animal. Nada podía hacer, salvo mirar, tanto si éste volvía a mar abierto como si era

arrojado por las olas a la orilla, y ni siquiera en ese caso sería fácil acercarse hasta allí por tierra para intentar aprovechar su carne antes de que las gaviotas pudieran dar buena cuenta de ella.

Interrumpiendo sus reflexiones el delfín volvió a emerger, esta vez de cabeza. Y la sorpresa de Juan fue mayúscula, puesto que no sabía de ningún delfín que tuviera cabellera y brazos. Aunque la distancia era demasiado grande para poder apreciar los detalles del rostro y el ser se volvió a sumergir inmediatamente, no le cupo la menor duda de que no se trataba de un animal, sino de una sirena.

Cuando volvió a puerto y, excitado, contó su visión, lo único con lo que se encontró fue con escepticismo y burlas. Puede que los pescadores fueran toscos e incluso, en ocasiones, supersticiosos, pero quedaba claro que no creían en cuentos de viejas. Hubo, incluso, quien se mofó de él a cuenta de que ya había encontrado “su sirena” y que al fin podría abandonar la soltería.

Profundamente humillado, Juan decidió no volver a hacer a nadie partícipe de sus descubrimientos, aunque durante bastante tiempo no se atrevió a volver al lugar en el que había atisbado a aquel extraño ser. En realidad, no sabía si temía más las burlas de sus convecinos en caso de ser descubierto rondando por allí, o volverse a encontrar con tan insólita aparición.

Pero un día, transcurridos varios meses y cuando ya casi había olvidado lo ocurrido, optó por doblar el promontorio harto de recoger las redes vacías. Llegó a su caladero habitual, echó las redes... y volvió a ver a su sirena allá en la lejanía, sin poder apreciar sus rasgos debido a la distancia pero comprobando de forma inequívoca que se trataba de un ser humano con cola de pez o, por decirlo con mayor precisión, de cetáceo.

Armándose de valor, Juan se irguió sobre la barca y, gritando y agitando los brazos, intentó llamar la atención de la sirena. Ésta sin duda le oyó, puesto que miró hacia él y, tras unos segundos de vacilación, desapareció bajo el agua.

Cuando volvió al pueblo, su rostro estaba tan demudado que los otros pescadores le preguntaron qué le había ocurrido. Prudentemente ocultó la verdadera naturaleza de su turbación, diciendo de forma atropellada que había estado a punto de chocar contra un escollo al intentar acercarse demasiado a la costa. Esto le valió toda una serie de reconvenciones acerca del peligro de acercarse a esa zona, pero al menos le libró de rechiflas o, aún peor, de ser tomado por loco.

Durante varios días permaneció encerrado en su casa, pero cuando tuvo la necesidad de volver a salir a la mar para ganarse el sustento no lo dudó un solo instante y, desoyendo las llamadas a la prudencia de los demás pescadores, volvió al lugar en el que por dos ocasiones había visto a la sirena. Aunque se negara a reconocerlo sabía que se había

enamorado de ella, convirtiendo en realidad su inocente mentira. Él, por supuesto, desconocía las numerosas historias de amores, generalmente desgraciados, entre hombres y sirenas recogidas en la literatura, pero sentía por este ser de largos cabellos y grácil cola una atracción que desbordaba a su voluntad. Quería que fuese suya, costase lo que costase.

Al llegar al punto en el que podía acercarse más a la costa sin peligro para su frágil navío, vio que ella seguía estando allí. La llamó y en esta ocasión, pudo comprobar con satisfacción, no sólo no huyó sino que le miró con atención aguardando expectante con la mitad del cuerpo fuera del agua. Por desgracia la distancia era mucha y la vista de Juan tampoco era demasiado buena, con lo cual no pudo distinguir sus facciones y ni tan siquiera los detalles de su cuerpo. Pero no importaba. Le esperaba, y con eso bastaba.

El problema consistía en poder llegar hasta allí salvando la barrera de la escollera, ya que ella no parecía mostrar la menor intención de acercarse a él. Sin dudarlo un instante ancló la barca y, tras desnudarse con rapidez, se arrojó al agua. Era buen nadador, por lo que esperaba no tener problemas aunque la resaca podría arrojarle contra alguna de las rocas que sobresalían del agua. Puso, pues, cuidado en evitar las zonas que le parecieron más peligrosas, lo que le obligó a dar un rodeo para acercarse a su destino.

Ella, mientras tanto, permanecía inmóvil dedicándose en apariencia a capturar los peces y otros pequeños animales marinos que sin duda constituían su alimento. Su camino le obligaba a llegar casi paralelo a la orilla, por lo que ahora la veía de espaldas ajena al parecer, o cuanto menos indiferente, a su proximidad.

Cada vez más impaciente, Juan sorteó el último obstáculo llegando a una zona libre de rocas, lo que le permitió nadar con mayor velocidad. La sirena no se encontraba demasiado lejos, quizá a unos cincuenta metros, pero seguía sin poder contemplar su rostro, que imaginaba bello y joven. Latiéndole el corazón como si quisiera salirse de su pecho, Juan dio las últimas brazadas, llegó hasta su amada, la rodeó para verla de frente...

Y su sorpresa no pudo ser mayor. Evidentemente se trataba de una sirena, con la mitad superior del cuerpo similar a la de los humanos y la inferior, aunque sumergida en el agua, en forma de larga cola de pez. Y era real, tan real como él mismo. Pero había algo que no encajaba. Donde había esperado encontrarse a una muchacha de atractivos rasgos y turgentes senos, descubrió un rostro barbudo y un pecho asimismo recubierto de hirsuto vello. Era una sirena, sí, pero de sexo masculino, el cual le miró con curiosidad, pero sin mostrar mayor interés, antes de proseguir con su metódica recolección de comida.

Juan nunca fue capaz de recordar de forma coherente lo que ocurrió entre ese momento y su retorno al puerto. Intuía que, después de su fallido intento, había vuelto a su barca, para de allí dirigirse a casa. Ni siquiera conocía los detalles de su llegada, salvo que despertó, con una fiebre alta, en su cama llevado allí por manos amigas. Cuando se recuperó y llegó la hora de dar explicaciones pudo ampararse en su amnesia, aunque

ocultando todo lo relativo a su encuentro con el extraño ser y dejando creer que se le habían enredado las redes con una roca submarina y que, al intentar desenredarlas desde dentro del agua, había cogido un enfriamiento.

Eso sí, jamás volvería a doblar el promontorio.

CONSULTA MÉDICA

-Lo siento. Lamento mucho tenerle que dar esta mala noticia.

La mujer se rebulló inquieta en su asiento y preguntó:

-Entonces, ¿se confirma?

-Por desgracia, sí. Se trata de un caso extremo de alopecia. Y muy virulento, además.

-¡Alopecia! -exclamó desolada-. Yo tenía creído que se trataba de un problema masculino...

-Bueno... -el galeno, embarazado, se lo explicó-. Aunque la alopecia androgénica es con mucho la más común, también se puede dar en las mujeres. A diferencia de la masculina, que no suele ser patológica sino hormonal, la femenina acostumbra a estar vinculada por lo general a un problema médico concreto, y lo más habitual es que sea reversible siempre que se logre atajar el problema que la provoca. Pero no es su caso, por desgracia... o por suerte, según se mire, ya que la parte buena de la noticia es que no padece usted ningún trastorno grave de salud. Simplemente, se le cae el cabello sin que podamos saber por qué.

-¿De forma irreversible?

-Mucho me temo que sí. Podríamos intentar averiguar las causas de este trastorno, lo más probable bajo mi punto de vista es que se trate de un proceso autoinmune... de lo que estoy convencido, es que no existe manera alguna de pararlo, al menos que yo conozca. Tendrá que irse haciendo a la idea de que en el plazo de unos meses se quedará completamente calva.

-¡No puede ser! -exclamó la paciente horrorizada-. ¡No a mí! ¡El cabello es mi razón de ser!

-Comprendo cómo se siente, pero ya le he dicho que, por desgracia, la ciencia médica es incapaz de hacer nada por evitarlo. No le queda otra solución que aceptarlo... y créame que lo siento, ya que en su caso se trata de algo mucho más grave que en otro cualquiera -concluyó el médico mostrándole las palmas de las manos en señal de impotencia-. Tendrá que recurrir a una peluca, o a cualquier tipo de gorro que le cubra el cuero cabelludo.

-¡Eso no! ¡Jamás me humillaré de esa manera! Arrostraré mi desgracia con entereza, nadie me podrá echar en cara que intento camuflar mi vergüenza. Sé que mi vida cambia de forma radical a partir de este momento, pero confío en que, con la ayuda de mis hermanas, pueda ser capaz de superarlo o, cuanto menos, de asumirlo.

Y levantándose de su asiento se despidió:

-Muchas gracias, doctor, por su ayuda. Sé que ha hecho todo cuanto estaba en su mano por evitarlo.

Tras lo cual, dando media vuelta, abandonó la sala de consulta con paso rápido.

Suspirando profundamente, Esculapio se dijo para sí mismo:

-También es mala suerte que, de entre todas las diosas, ninfas y heroínas, haya tenido que pasarle precisamente a ella, a la pobre Medusa...

Y alargando la vara apartó con la punta a una de las serpientes que se le había caído de la cabeza a la gorgona mientras se hallaba sentada hablando frente a él. No sería la última, por desgracia.

Tras arrinconar al moribundo, pero todavía peligroso ofidio, en un extremo de la sala, colocó delante de él un biombo para evitar que pudiera ser visto por alguno de sus otros pacientes. Aunque pronto se conocería en todo el orbe su desgracia, su juramento deontológico le obligaba a respetar el secreto profesional.

Sentado de nuevo en su sillón, llamó a su ayudante preguntándole quién era el próximo paciente.

-Aquiles el de los pies ligeros, señor -respondió éste.

-¿Qué le pasa?

-Al parecer se torció un tobillo mientras mantenía un combate singular frente a las murallas de Troya.

-¡Mira que le tengo dicho que se cuide los talones! -rezongó el dios de la medicina gesticulando con la cabeza-. Cualquiera día nos dará un disgusto si sigue empeñado en comportarse de una manera tan irresponsable. En fin, hazle pasar, no tenemos todo el día. Por cierto -añadió cuando ya su ayudante se retiraba de la estancia-; una vez que haya terminado la consulta, recoge la serpiente que he escondido detrás del biombo y tírala a la basura. Aunque probablemente estará ya muerta ten cuidado con ella, porque sus mordeduras pueden llegar a ser muy peligrosas.

LA VERDADERA HISTORIA DE ULISES Y LAS SIRENAS

Ulises y sus compañeros, tras dejar atrás la isla de Eea residencia de la divina Circe, proseguían su azaroso viaje camino de Ítaca. Mas para ello deberían pasar junto a la Isla de las Sirenas, donde estos maléficos seres atraían con sus cantos a los infortunados navegantes que osaban aproximarse a sus costas.

Siguiendo las instrucciones que le diera Circe, Ulises explicó a sus compañeros el ardid del que se servirían para eludir la trampa tendida por estos monstruos mitad ave mitad mujer: tomando un pan de cera lo partió en pedazos y, reblandeciéndolos, les ordenó que se taparan con ellos los oídos, evitando así que pudieran oír los mortíferos cantos.

Ulises tenía otros planes para él, puesto que deseaba conocer el modo con el que las sirenas atraían a sus incautas víctimas. Así pues, pidió a sus compañeros que le amarraran fuertemente al mástil de manera que no le fuera posible desasirse, instándoles a que bajo ningún concepto le desataran por más que se lo rogara.

Llegados de esta manera a las cercanías de la orilla, las sirenas comenzaron a entonar un sonoro canto que sólo Ulises era capaz de oír:

-¡Ea, célebre Ulises, gloria insigne de los aqueos! Acércate y detén la nave para que oigas nuestra voz. Nadie ha pasado en su negro bajel sin que oyera nuestro dulce mensaje.

Esto dijeron, e intuyendo el peligro dos de sus compañeros le amarraron más fuertemente aún mientras el resto continuaban remando con todas sus fuerzas con el fin de dejar atrás lo antes posible tan peligroso lugar.

Entonces las sirenas, viendo peligrar su presa, arreciaron su canto:

-Ilustre Ulises, disponemos de las últimas novedades en teléfonos móviles, con unas ofertas imbatibles en las mejores marcas. Tenemos también un completo surtido en mobiliario de estilo escandinavo, capaz de satisfacer al cliente más exigente. Te ofrecemos una infinidad de artículos en promoción 3×2, un 5% de descuento en los libros y discos más vendidos, televisiones todavía más inteligentes a precios de fábrica, coches de última gama con una financiación a medida de cualquier bolsillo...

Ulises se retorció impotente intentando desprenderse de sus ligaduras y suplicando a sus compañeros que le desataran, pero éstos, siguiendo sus instrucciones, le desobedecieron. Viendo las sirenas que sus esfuerzos por atraerle resultaban inútiles, realizaron un último y desesperado intento:

-En nuestra isla dispondrás de la mejor oferta de ocio de todo el orbe, con cientos de restaurantes, cafeterías y discotecas de todos los ambientes imaginables. Podrás disfrutar en Mitolandia, nuestro espectacular parque temático, donde conocerás a todos los dioses; bañarte en playas paradisíacas, jugar en nuestros casinos, asistir a espectáculos musicales con los mejores artistas del momento, ejercitar tus músculos en los mejores gimnasios de todo el Mediterráneo, gozar de las más bellas mujeres de todas las razas...

Mas ninguna de sus artimañas les valió gracias a la astucia de Ulises. Cuando su buque dejó atrás la Isla de las Sirenas y ni sus voces ni sus cantos se oían ya, quitáronse sus compañeros la cera de los oídos y le liberaron de sus amarras, celebrando todos ellos su fortuna.

-Estuvo cerca, ¿eh? -le sonrió Perimedes al tiempo que le alargaba una bota de vino.

-Desde luego que sí -respondió Ulises enjugándose la sudorosa frente-. La verdad es que las campañas publicitarias son cada vez más agresivas y más difíciles de evitar. Dichosa sociedad de consumo...

Tras lo cual volvieron a sus puestos; Ítaca se encontraba todavía lejos, y estaban impacientes por retornar a su patria.

LA VERDADERA HISTORIA DE BELEROFONTE Y PEGASO (I)

Belerofonte estaba preocupado. Ióbates, rey de Licia, le había encargado la difícil misión de aniquilar a la Quimera, el espantoso monstruo que asolaba su reino, lo cual equivalía a una muerte segura. Por suerte Belerofonte, bienquisto de los dioses, había obtenido de éstos la promesa de que podría contar con el auxilio de Pegaso, el fabuloso caballo alado brotado de la sangre de Medusa cuando ésta fue decapitada por Perseo.

Jinete en Pegaso Belerofonte estaba seguro de que lograría vencer al monstruo, pero antes debería capturarlo y domarlo ya que era célebre su carácter indómito. Por fortuna, para ello contaba con una brida de oro que le entregó la propia Atenea, única manera de domeñar al irreductible animal.

Tras una larga búsqueda Belerofonte encontró a Pegaso pastando tranquilamente junto a la fuente de Pirene, cercana a la ciudad de Corinto. El héroe se acercó cauteloso al equino procurando pasar desapercibido hasta poderlo embridar y, una vez que pudo contemplarlo en detalle, su perplejidad no tuvo límites al descubrir que Pegaso no era un caballo, tal como le habían prometido los dioses, sino un vulgar burro, rucio de color, al que le nacían del lomo unas alas membranosas que le daban un aspecto similar al de un gigantesco murciélago.

Profundamente indignado y sin preocuparse en no espantar a su fallida presa, que asustada escapó revoloteando a la torpe manera de los pavos, Belerofonte increpó a los dioses por lo que él consideraba una burla. Tanto fue el escándalo que montó que el gran Zeus, harto de aguantar sus gritos, mandó a Hermes para que le acallara.

La llegada del mensajero de los dioses no aplacó al airado Belerofonte. Al contrario, encontrarse frente a un interlocutor, aunque éste fuera de naturaleza divina, le encrespó todavía más.

-¿Acaso es ésta es la ayuda que me ofrecéis para vencer a tan peligroso enemigo? -le increpó iracundo-. ¿Pretendéis que luche con la Quimera montado en un vulgar jumento que más que volar brinca como si fuera una cabra? Al menos no me humilléis y dejad que me enfrente a la Quimera a cuerpo limpio, aunque esto suponga mi muerte.

-Querido Belerofonte -respondió Hermes recurriendo a su hábil oratoria-, comprendemos tu irritación, y lo lamentamos, pero los dioses no te deseamos ningún mal y hacemos votos por verte triunfador en tan desigual contienda. Para asegurar tu victoria te habíamos asignado como montura a Pegaso, un hermoso alazán capaz de galopar más rápido que el viento y de volar con la majestuosidad de un cisne; pero lamentablemente justo después de ofrecértelo un desgraciado accidente, al correr éste desbocado detrás de una yegua, le causó tales lesiones que nos vimos obligados a sacrificarlo. Y como el tiempo

apremiaba, pues tú ya habías partido en su búsqueda, nuestro buen Hefesto, que como sabes es el experto en ingeniería genética allá en el Olimpo, se vio obligado a improvisar a Pegasasno, que así fue llamado el animal por razones obvias. Ya nos hubiera gustado poder poner a tu disposición otro Pegaso todavía mejor, si cabe, que el perdido, pero eso hubiera demorado demasiado el combate dando lugar a que la Quimera arrasara la totalidad del reino de Lidia y quizá también los vecinos.

-En resumen, que voy a tener que enfrentarme a ese bicho montado en semejante penco... -bufó Belerofonte, nada convencido del cambio.

-Me temo que no quedará otro remedio, pero te puedo asegurar que, con independencia de la calidad de tu montura, seguirás contando con todo nuestro apoyo para exterminar a semejante alimaña.

Dicho lo cual desapareció, retornando al Olimpo, sin darle tiempo al guerrero a agradecerle con ironía la ayuda. Viéndose solo de nuevo, Belerofonte se explayó soltando varias maldiciones y, encogiéndose de hombros, se resignó a su suerte viendo que no existía otra solución posible.

-Y encima tendré que sudar para poder echarle el guante a ese maldito bicho -rezongó para sus adentros-, ya que mis gritos le han espantado y no creo que resulte nada sencillo volverle a pillar desprevenido. ¡Ven, burrito, ven!...

LA VERDADERA HISTORIA DE BELEROFONTE Y PEGASO (II)

Belerofonte estaba preocupado. Ióbates, rey de Licia, le había encargado la difícil misión de aniquilar a la Quimera, el espantoso monstruo que asolaba su reino, lo cual equivalía a una muerte segura. Por suerte Belerofonte, bienquisto de los dioses, había obtenido de éstos la promesa de que podría contar con el auxilio de Pegaso, el fabuloso caballo alado brotado de la sangre de Medusa cuando ésta fue decapitada por Perseo.

Jinete en Pegaso Belerofonte estaba seguro de que lograría vencer al monstruo, pero antes debería capturarlo y domarlo ya que era célebre su carácter indómito. Por fortuna, para ello contaba con una brida de oro que le entregó la propia Atenea, única manera de domeñar al irreductible animal.

Tras una larga búsqueda Belerofonte encontró a Pegaso junto a la fuente de Pirene, cercana a la ciudad de Corinto. El héroe se acercó cauteloso al equino procurando pasar desapercibido hasta poderlo embriar y, una vez que pudo contemplarlo en detalle, su perplejidad no tuvo límites. Porque si bien su cuerpo era el de un hermoso alazán y sus alas, majestuosas, semejaban las de un águila gigantesca, ahí acababa todo parecido con la imagen que de éste tenía. Donde deberían haber estado el cuello y la cabeza se alzaba un torso humano, convirtiéndolo en un centauro alado al cual, a modo de remate, le brotaba en mitad de la frente un recto cuerno de al menos un metro de longitud.

Belerofonte se quedó parado, indeciso apenas a unos metros de la criatura, la cual volvió la cabeza observándole con curiosidad. Finalmente, fue ésta quien rompió el mutuo silencio dirigiéndose a él.

-Vaya, tú debes ser Belerofonte; me dijeron que vendrías a buscarme.

Y viendo que éste hacía ademán de retroceder, continuó:

-No te asustes, no todos los centauros somos enemigos de los humanos. No pretendo hacerte el menor daño, y además vamos a ser colegas en la tarea de exterminar a ese mal bicho que tanto daño está haciendo.

Y uniendo la acción a la palabra trotó hacia el héroe, que permanecía tieso como un palo en mitad del camino, y le tendió amistosamente la mano.

-Yo... -exclamó éste, intentando salir de su estupor al tiempo que la estrechaba con desgana-. Me habían dicho...

-Sí, sé lo que te habían dicho. Y también sé -añadió con un punto de amargura- que te parezco un monstruo. De hecho soy una aberración de la naturaleza.

-Hombre, yo...

-No tienes que disculparte, conozco de sobra la impresión que produzco entre quienes me contemplan por primera vez; pero por desgracia es algo que no puedo evitar. Y todo por culpa de un maldito ayudante de Hefesto al que allá arriba, en el laboratorio de ingeniería genética del Olimpo, se le antojó ponerse a jugar a escondidas mezclando varios patrones genéticos distintos. Al parecer quería ensayar creando un híbrido de todos los seres equinos que había archivados en los bancos de genes, y el resultado fui yo: un PCU o, si prefieres el nombre completo con el que me bautizó semejante cretino, un pegasoide centauriano uniaestado... aunque como comprenderás, como el nombrecito se las traía pronto empezaron a llamarme Paco.

-Vaya, lo siento...

-No te preocupes, es algo que ya no tiene remedio. Por supuesto al fulano le echaron a patadas del laboratorio, y no le mandaron derecho al Tártaro por temor a que una vez allí se dedicara a crear mostruitos por encargo de las divinidades infernales; bastantes engendros tenemos ya sueltos por el mundo, empezando por la dichosa Quimera, como para andarles mandando ayuda. Según tengo entendido ahora se encarga de la limpieza del Olimpo, que no veas como se ponen las estancias después de las orgías de los dioses.

-¿Y tú? -logró articular al fin el campeón corintio.

-En un principio no sabían que hacer conmigo, así que me mantuvieron oculto en el laboratorio; no les apetecía que anduviera suelto por ahí, ya que pensaban que les daría mala imagen. Pero las cosas cambiaron cuando recibieron el encargo de crear a Pegaso; con la crisis los recortes de presupuesto han sido brutales, el Instituto no tenía un dracma y a alguien se le ocurrió la idea de que podrían ahorrarse el dineral que hubiera costado el dichoso caballo alado aprovechando que ya tenían a quien podía servir para esos menesteres... es decir, yo. Así pues, aquí estoy para servirte -concluyó, haciendo una reverencia a modo de los caballos domados.

-Pero...

-Sí, ya lo sé, no soy lo que esperabas -reconoció el locuaz Paco-. Pero chico, míralo por el lado bueno. Soy capaz de volar y galopar tan bien o mejor que el verdadero Pegaso, y además tengo dos brazos con los que te podré ayudar a matar a la Quimera. Y como último recurso queda esto -señaló con la mano a su largo cuerno-, con el cual soy capaz de ensartar a quien se me ponga por delante como si fuera una aceituna. Créeme, no te arrepentirás de mi compañía.

-Bueno -se resignó-, supongo que todo saldrá bien...

-¡Por supuesto, colega! -exclamó el centauro con optimismo-. Pero venga, no perdamos tiempo; Lidia está muy lejos y tenemos que cruzar todo el Egeo antes de que se haga de noche. Monta y agárrate fuerte, que vamos para allá.

Así lo hizo el admirado Belerofonte mientras Paco, tras un rápido galope para tomar impulso, se despegaba del suelo agitando las alas.

-¿Sabes? -dijo Paco a su jinete mientras tomaban altura-. Presiento que éste es el comienzo de una hermosa amistad. Es una lástima, y no te lo tomes a mal, que no seas una joven virginal, pero bueno, nadie es perfecto.

IMPORTE EXACTO

Ilusionado, a la par que amedrentado, quien en vida fuera Lisandro el ateniense caminaba titubeante por el sombrío desfiladero subterráneo que conducía hasta las puertas del Hades. En su mano aferraba la moneda que le serviría para pagar a Caronte el paso por la laguna Estigia, tras la cual se encontraba la entrada al mundo de ultratumba en el que a partir de ahora residiría durante toda la eternidad.

Tras doblar un recodo, apareció frente a él la orilla del tétrico lago. Amarrada a un tosco embarcadero se encontraba la barca, con su infernal barquero apoyado indolentemente en la borda. Éste, al verle llegar, se limitó a alargar en silencio el esquelético brazo reclamándole el pago de sus servicios.

Embargado por la emoción, Lisandro depositó la moneda en la palma de la sarmentosa mano. Caronte dobló el brazo, contempló ceñudo la dádiva y se la arrojó a la cara increpándole con rechinante voz:

-¿Acaso no sabes leer, estúpido?

Y señalando un raído cartel que estaba clavado en el mástil añadió:

-Ahí lo pone bien claro, el pago ha de ser por el importe exacto. No damos cambio.

Perplejo, Lisandro miró sucesivamente al iracundo ser del inframundo, al cartel aludido cuyo borroso texto era imposible de descifrar y, por último, a la moneda que recogió del suelo. Era una dracma de plata, es decir, seis óbolos. Evidentemente no tenía manera de saber por qué razón sus deudos la habían colocado bajo su lengua en lugar del tradicional óbolo, la tarifa estipulada para el paso de la laguna Estigia, aunque sospechaba - Lisandro era de familia acomodada- que pudiera tratarse de un fútil gesto de ostentación por parte de su cuñado Tersites, muy dado a los pavoneos. Lo cierto era que el muy imbécil le había complicado la vida... o, mejor dicho, la muerte.

-Pero... ¿qué más da? -objetó Lisandro-. No hace falta que me devuelvas el cambio, puedes quedarte con él. Al fin y al cabo, ¿qué iba a poder hacer yo con esos cinco óbolos? No los necesito para nada.

-Vaya, al parecer el señorito tiene ganas de juega... -bramó el malhumorado Caronte-. ¿Es que tampoco has leído -volvió a señalar el ilegible rótulo- que no se admiten propinas? Menudo es Pluto llevando las cuentas, si se enteran allá abajo de que acepto dinero, son capaces de mandarme a sustituir durante una temporada a Cerbero. No, amigo, ya te puedes guardar esa dracma y hacer con ella lo que más te apetezca. Pero o me entregas un óbolo, y como me has pillado de buenas también admitiría el pago en calderilla de ocho calcos, o te

quedas esperando en la orilla durante cien años, tal como está establecido, para que te pase de balde. Eso o cruzar nadando, aunque no te lo recomiendo dada la fauna que pulula por estas aguas -concluyó con una sardónica sonrisa.

-Esto es absurdo... -rezongó Lisandro. Y, ya en voz alta, preguntó al barquero- ¿Qué quieres que haga?

-Ese es tu problema -le respondió desabrido-. Si quieres, puedes esperar a que lleguen tantos indigentes como óbolos te sobran, por lo que haciendo una excepción, e insisto en que me has pillado de buenas, podría llevaros en un viaje a los seis. Pero no te hagas demasiadas ilusiones -remachó al tiempo que acentuaba la mueca de su rostro-, la última vez que hubo peaje gratis, tal como estipula esa estúpida franquicia secular, fue hace tan sólo unos días, por lo cual mucho me temo que vas a tener que armarte de paciencia hasta que puedas reunir a todos tus invitados... que lo más probable, te lo advierto, es que sean unos compañeros de viaje más bien tirando a poco recomendables.

Y convirtiendo su siniestra sonrisa en una estruendosa carcajada, Caronte se desentendió de él retornando a su indolente postura anterior.

Viendo que nada podría conseguir de su huraño interlocutor, Lisandro se encogió de hombros, guardó cuidadosamente la moneda en previsión de que pudiera necesitarla en un futuro, y se puso a pasear sin prisas por la orilla alejándose del embarcadero. Tiempo no le iba a faltar para hacer turismo, se dijo con resignación.

ETERNIDAD

Los tiempos están cambiando. Mejor dicho, los tiempos han cambiado ya de una manera irreversible. ¿Esto es bueno, o es malo? Resulta difícil decirlo, aunque lo que resulta evidente es que las circunstancias en las que nos movemos, para bien o para mal, son muy diferentes a aquéllas a las que estábamos acostumbrados.

Y el principal cambio ha sido, sin duda, el hecho cierto de que Grecia ha dejado de ser el centro del mundo para convertirse en un trofeo más del insaciable imperialismo romano. Trofeo de lujo, por supuesto, nada que ver con esas atrasadas provincias apenas civilizadas que han contribuido a redondear sus cada vez más extensas fronteras, pero trofeo al fin y al cabo. Grecia, pues, ha perdido de forma definitiva su libertad, esa maravillosa libertad cuya defensa asombró al mundo cuando nuestra pequeña nación le plantó cara al gigante persa, pero que mal entendida fue también responsable de las luchas intestinas que desgarraron a nuestra nación impidiéndole ser todavía más fuerte.

Tuvo que ser un macedonio, es decir, un cuasibárbaro apenas civilizado, quien la unificara a la fuerza acometiendo a continuación la increíble hazaña de someter al imperio persa, y tuvieron que ser asimismo otros cuasibárbaros, los toscos y tenaces herederos de Rómulo y Remo, quienes zanjaron de raíz sus interminables querellas convirtiéndola en una provincia romana donde su voluntad es ley.

Esto ha afectado tan profundamente a todos los griegos que ni tan siquiera nosotros, los inmortales dioses olímpicos, hemos sido capaces de sustraernos al férreo dogal de los advenedizos, pero poderosos, quirites. De hecho, y aunque ellos prometieron respetarnos, lo cierto es que, en vez de venerarnos tal como hubiera sido lo lógico, han optado por asimilarnos a sus toscos dioses aldeanos, algo que inevitablemente habría de herir la sensibilidad de cualquier griego devoto a la par que atenta gravemente contra nuestra propia y divina dignidad.

Pero esto es lo que hay... y para colmo de ignominia, la insufrible burocracia romana determinó que esta asimilación, ya de por sí humillante, había de ser realizada de forma individual, a petición de los interesados, mediante la preceptiva convalidación de nuestra divinidad por parte de un comité formado por sacerdotes de sus principales templos, como si nadie mínimamente cultivado supiera quienes somos nosotros sin necesidad de tener que identificarnos con alguna de sus grotescas divinidades. Y no contentos con ello, nos obligaban además a someternos a un proceso burocrático absurdo y farragoso mediante el cual resolverían, si les placía, en cual de sus dioses nos tendríamos que transformar si queríamos recibir culto en su naciente imperio.

Tamaña osadía generó, como no podía ser de otra manera, un encendido debate entre nosotros. Pero para decepción mía, fueron muy pocos quienes apoyaron mi firme oposición a las pretensiones de semejantes patanes, siendo muchos por el contrario quienes callaron o, todavía peor, propusieron contemporizar con los nuevos amos accediendo a sus impías pretensiones. Su argumento no era otro que la presunción, para mí patéticamente equivocada, de que así podríamos extender nuestro culto hasta mucho más allá del ecúmene, añadiendo los más cínicos que, dada la impiedad cada vez más extendida entre los griegos, ésta sería la mejor manera de recobrar nuestra antigua importancia gracias a los nuevos fieles que esta metamorfosis nos proporcionaría.

El problema, en el cual parecían no reparar, estriba en que nosotros no seguiríamos siendo los dioses olímpicos, sino tan sólo unas burdas caricaturas suyas desdibujadas, por si fuera poco, bajo la identidad de las burdas deidades romanas, lo que tarde o temprano -y esto para alguien inmortal significa inmediatez- acabaría acarreado nuestra inexorable desaparición.

Pero no hubo manera alguna de convencerlos de su error, y al tratarse de un procedimiento individual y no colectivo, lo que demuestra bien a las claras el ladino interés romano en dividirnos para alcanzar sus planes, poco a poco se fueron produciendo defecciones. Ciertamente es que algunos salieron ganando indiscutiblemente con el cambio, tal como les ocurrió al miserable parricida de Cronos, transmutado en el venerable Saturno, o a Zeus, ese sinvergüenza rijoso que jamás hubiera podido soñar con revestirse de la autoridad y el prestigio de Júpiter; pero no se puede decir lo mismo de la mayoría de los renegados, que incluso se han visto obligados a codearse con dioses tan vulgares como Jano o Vertumno, los cuales jamás habrían sido admitidos en nuestro monte Olimpo.

Y lo peor de todo es que muchos de estos desertores no sólo no reniegan de su metamorfosis, sino que en su desfachatez llegan incluso a jactarse de ella; hace poco me encontré con mi amigo (aunque quizá sería más preciso hablar de ex-amigo) Hermes, ahora transmutado en Mercurio; no sólo me forzó a soportar contra mi voluntad un panegírico de los nuevos tiempos, para él idílicos, sino que por si fuera poco tuvo la desfachatez de intentar convencerme para que lo imitara.

Huelga decir que con tan burda maniobra lo único que consiguió fue reafirmarme en mi negativa a aceptar semejante regalo envenenado. Además yo no soy un dios secundario, ni tampoco un advenedizo recién llegado al Olimpo fruto de un desliz amoroso de alguno de mis frívolos compañeros. No, desde el inicio de los tiempos yo siempre he sido una de las más importantes deidades griegas, tuve una intervención destacada en la lucha contra los titanes y los gigantes e impuse en infinidad de ocasiones mis sabias opiniones a mis no siempre sensatos colegas. Por ello no me importa que ahora me hayan dado de lado abandonándome en este Olimpo fantasmagóricamente vacío. Yo estoy en posesión de la razón, sé que la tengo, y la seguiré defendiendo, aunque sea en solitario, pese a quien pese.

El tiempo me dará la razón, estoy convencido de ello, y cuando esta moda pasajera fracase, todo volverá a ser como antes y mi prestigio se verá de esta manera reforzado. No necesito travestirme de dios romano para sobrevivir, siempre he ostentado orgulloso mi nombre y lo seguiré ostentando para disfrute de mis adoradores. Yo soy el gran dios Epocnos, siempre he sido conocido por este nombre y siempre se me conocerá por él hasta el final de los tiempos. Porque mi nombre es, y será, tan inmortal como lo soy yo.

LA VERDADERA HISTORIA DEL REY MIDAS

Cuenta la leyenda que Dionisos, agradecido con Midas, el poderoso rey de Frigia, accedió a concederle el don de convertir en oro todo cuanto éste tocara con sus manos, lo que para desgracia del codicioso monarca incluía los alimentos que intentaba llevarse a la boca; y que, para evitar morir de hambre, el arrepentido Midas hubo de rogarle al dios que le retirara tan peligroso poder, lo cual le fue concedido tras bañarse en las aguas del río Pactolo.

Pero no fue así. En realidad a Midas le resultó fácil evitar la conversión en oro de sus alimentos, en un principio ordenando a sus servidores que le acercaran la comida y la bebida a la boca, y más adelante calzándose unos guantes tejidos con hilo de este metal, que al no poder convertirse en sí mismo aislaba sus manos de los objetos que tocaba quedando éstos libres de la indeseada transmutación.

No, la razón de la renuncia a su don fue mucho más prosaica, por más que los cronistas de su reino, insatisfechos con ella, trocaran la historia por otra falsa, aunque sin duda mucho más literaria. Lo que ocurrió fue que un día, cuando nadie lo esperaba, apareció en el palacio un inspector de Hacienda con un expediente incoado al haberse detectado que el rey contaba con una fuente de ingresos de origen desconocido, de los que no constaba justificación alguna en su declaración de la renta.

Así pues, el atribulado Midas se vio obligado a normalizar su situación fiscal, lo que costó un buen pellizco a las arcas del reino ya que al pago de los impuestos no satisfechos se sumaron la correspondiente sanción y los intereses devengados. Tras lo cual, para evitar posibles tentaciones futuras, el monarca rogó a su protector divino que le revocara el poder de transmutar la materia en oro, al tiempo que prohibía a sus súbditos, bajo pena de muerte, todo tipo de actividades alquímicas encaminadas a este fin.

En lo que no se ponen de acuerdo los historiadores es si esto ocurrió, tal como relata la leyenda, mediante el citado baño en las aguas del Pactolo, aunque el hecho de que este río arrastre desde entonces arenas auríferas es el principal argumento de quienes opinan que realmente fue así.

LA VERDADERA HISTORIA DE DÉDALO E ÍCARO

Desolado, Dédalo contempló con impotencia cómo su hijo Ícaro se precipitaba al mar tras haber perdido las plumas de sus alas, reblandecida la cera que las sujetaba por el calor del sol al que imprudentemente se había aproximado desoyendo sus consejos.

Resignado ante lo inevitable, el fugitivo emitió un suspiro y continuó con su largo viaje huyendo del cruel Minos, no sin antes asumir su responsabilidad en la trágica muerte del muchacho.

“Esto me pasa por haber comprado las piezas de las alas en un bazar chino. Nunca más volveré a cometer este error”.

Y cumplió su promesa.

LA VERDADERA HISTORIA DE HELENA DE TROYA

La ira de Menelao se hacía sentir en toda Esparta. El ingrato Paris, traicionando su hospitalidad, había seducido a su esposa, la bella Helena, huyendo con ella a la corte de su padre, el rey Príamo de Troya.

Agamenón, el poderoso rey de Micenas, viajó a Esparta para ayudar a su hermano a vengarse de los troyanos, prometiéndole que no cejarían en su empeño hasta que no lograran traer a Helena de vuelta a Esparta.

-¡Y a mí qué me importa esa z****! -le espetó el burlado esposo-. ¡Que se la quede Paris, se la regalo! Menudo favor me hizo ese miserable llevándosela lejos de Esparta; yo ya estaba hasta la cimera de ella y de sus continuos caprichos, pero no sabía como quitármela de encima.

Ante la sorpresa de Agamenón y de todos los presentes, continuó:

-Pero la muy sinvergüenza se llevó todas mis tarjetas de crédito, dejándome sin liquidez. ¿Cómo voy a poder hacer frente ahora a los gastos del reino? Lo único que pretendo es recuperar mis tarjetas, sobre todo la Hélade Express Gold, ellos dos me traen completamente sin cuidado. Pero verás -remachó con sarcasmo- lo poco que tarda en hartarse de aguantarla.

Y así fue como comenzó la guerra de Troya.